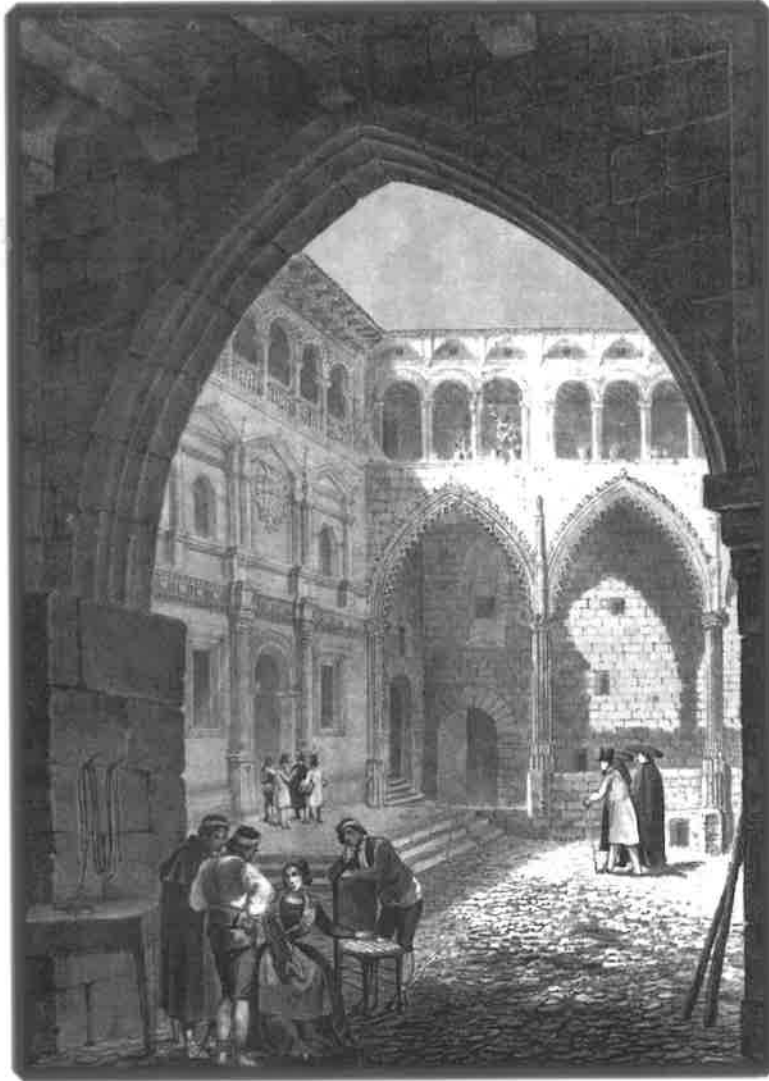


Āl-Qanniš

TALLER DE ARQUEOLOGIA DE ALCANIZ

القانيش



ACEITE, CARLISMO Y CONSERVADURISMO POLÍTICO El Bajo Aragón durante el Siglo XIX

Pedro Rújula López, coordinador

■ Antonio Peiró Arroyo ■ Carlos Franco de Espés ■ Vicente Pinilla Navarro ■ Herminio Lafoz Rabaza ■ José Ramón Villanueva Herrero ■ Carmen Frías Corredor ■ Montserrat Serrano García ■ Ignacio Peiró Martín ■ Ignacio Micolau Adell ■ Antón Castro

INDICE

	<u>Pág.</u>
HISTORIA DEL BAJO ARAGÓN, LA HISTORIA EN EL BAJO ARAGÓN <i>Carlos Forcadell Alvarez</i>	7
INTRODUCCIÓN <i>Pedro Rújula López</i>	15
ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA Y CRISIS SOCIAL: LA TIERRA BAJA EN EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN <i>Antonio Peiró Arroyo</i>	17
REMIENDOS, FREIRES Y RENTAS. EL SEÑORÍO DE ÓRDENES EN LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN <i>Carlos Franco de Espés</i>	31
VIEJAS INSTITUCIONES EN UNA NUEVA ECONOMÍA: EL PÓSITO DE ALCAÑIZ EN LOS SIGLOS XIX Y XX <i>Vicente Pinilla Navarro</i>	57
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL BAJO ARAGÓN <i>Herminio Lafoz Rabaza</i>	77
MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS EN EL BAJO ARAGÓN: REALISMO, CARLISMO Y DESCONTENTO CAMPESINO <i>Pedro Rújula López</i>	85
LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA EN EL BAJO ARAGÓN: EL REPUBLICANISMO FEDERAL <i>José Ramón Villanueva Herrero</i>	113
TURNO Y CONSERVADURISMO EN LA PROVINCIA DE TERUEL (1875-1907) <i>Carmen Frías y Montse Serrano</i>	133
EL CULTIVO DE LA HISTORIA: LAS PRIMERAS HISTORIAS MUNICIPALES DEL BAJO ARAGÓN <i>Ignacio Peiró Martín</i>	145
EL LICEO DE LA UNIÓN: TEATRO Y SOCIEDAD EN EL ALCAÑIZ ROMÁNTICO <i>Ignacio Micolau Adell</i>	163
RAMÓN CABRERA: LA LITERATURA Y EL HÉROE <i>Antón Castro</i>	173



MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS EN EL BAJO ARAGÓN: REALISMO, CARLISMO Y DESCONTENTO CAMPESINO

PEDRO RÚJULA LÓPEZ



Sobre la imagen del siglo XIX en el Bajo Aragón destaca con fuerza el peso que tuvieron los conflictos carlistas, hasta el extremo de haberse convertido en uno de los elementos que más definen históricamente este territorio. El origen de esta identificación entre carlismo y Tierra Baja se fraguó durante la llamada *primera guerra carlista* que afectó de lleno a lo que había sido —hasta 1833— el corregimiento de Alcañiz, en rigor más de cien pueblos que incluían no sólo el Bajo Aragón sino también el Maestrazgo turolense. El liderazgo inicial del alcañizano Carnicer, el gran poder desarrollado posteriormente por Cabrera desde Cantavieja y Morella, la presencia de la Junta Superior Gubernativa de Aragón, Valencia y Murcia con sede en Mirambel, la llegada de Espartero al frente de las tropas liberales, ... todo ello contribuyó a construir esta imagen de un Bajo Aragón agitado y carlista. La reproducción del conflicto sobre los mismos escenarios durante la tercera guerra carlista, en los años 70 del siglo pasado, sirvió para amplificar los primeros ecos, e impulsarlos hacia el presente en forma de relatos que aún pueden escucharse, y que sitúan sus protagonistas en una difusa guerra carlista. Pero, ¿donde se encuentra el origen de todo ello? ¿Realmente existe tal Bajo Aragón carlista? ¿Comenzó todo un día de septiembre de 1833? ¿Cómo se fraguó un fenómeno de raíces tan hondas? ¿Cuál es el porqué de su larga duración?

UNA ÉPOCA DE CAMBIOS

El fenómeno carlista no es un todo por sí solo, sino que se inserta en un marco mayor, en un amplio contexto de transformaciones en las que se vio envuelta Europa desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XIX¹. El proceso de cambio se inició con la cri-

sis del Antiguo Régimen y desembocó en un nuevo orden burgués que fue desmontando paulatinamente las viejas estructuras feudales al mismo tiempo que progresaba en la construcción del Estado liberal². La Revolución Francesa fue el hecho que permitió la puesta en práctica de una nueva concepción del Hombre y del Estado inspirada en las ideas de la Ilustración que, a partir de entonces, se difundieron con profusión por toda Europa favorecidas, en gran medida, por el expansionismo de las tropas napoleónicas. El proceso revolucionario español se alimentó de ellas y las puso a prueba enfrentándolas a sus contradicciones durante la invasión francesa de 1808, resultando de ello la primera pieza sólida en la ruptura con el absolutismo borbónico y para la construcción de un estado liberal: la Constitución de 1812, elaborada por los diputados de las Cortes reunidas en Cádiz. Un nuevo horizonte político y humano se vislumbraba entre las líneas de su articulado.

Sin embargo, uno de los elementos característicos de la revolución en España fueron sus avances y sus vueltas atrás, de modo, que en 1814, cuando regresó a la península Fernando VII, después de su cautiverio en Valençay, arrasó la obra de los constitucionales españoles, restableciendo el orden de cosas a la manera que tenía en 1808. Pese a esta voluntad de hacer tabla rasa con la obra constitucional, y perseguir no sólo las ideas sino a los propios liberales hasta su extinción, el avan-

bios económicos —D.S. Landes, P. Mathias, et alii, *La Revolución industrial*, Crítica, Barcelona, 1986— y cambios sociales —Pamela M. Pilbeam, "European society in revolution" en *Themes in Modern European History. 1780-1830*, Routledge, London, 1994, pp. 204-222—, pero también de reacciones contra ellos —François Lebrun y Roger Dupuy, *Les résistances à la Révolution*, Imago, París, 1987— que afectaron a toda Europa.

² Sobre la crisis del Antiguo Régimen, Josep Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820*, Ariel, Barcelona, 1983, 4ª edición y *La crisis del Antiguo régimen. 1808-1833*, Crítica, Barcelona, (2ª) 1983.

¹ Se trata de cambios políticos —Charles Tilly, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 206-220—, cam-

zado estado de descomposición del Antiguo Régimen era evidente y la simple restauración del absolutismo fernandino no bastó para hacer frente a la crisis que ya se había dejado sentir a principio de siglo. De ahí que el proceso insurreccional promovido por Rafael Riego en Cabezas de San Juan a comienzos de 1820 terminara por fructificar, y ello procuró, nuevamente, las condiciones para aplicar la Constitución de Cádiz como marco político en la construcción de un nuevo régimen³.

La instauración del nuevo régimen, que llegó con la entrada en vigor de la Constitución, se insertó en una secuencia de cambios, muchos de ellos anteriores y otros producidos a partir de ese momento. Todo este proceso confluyó en el Trienio liberal —1820-1823— durante el cual la conciencia de que algunas cosas estaban dejando de ser como venían siendo desde antiguo se fue haciendo palpable. Aunque su interrelación es evidente, esta secuencia de cambios afectó de manera destacada a distintos aspectos de la vida cotidiana que los hicieron perceptibles a una buena parte de los ciudadanos.

En el aspecto económico venía arrastrándose una crisis de precios de los productos agrícolas, a la que se sumaron la reducción del pago del diezmo eclesiástico a la mitad, la monetarización de los impuestos, la disolución de los señoríos y la desamortización de las propiedades del clero regular.

Un elemento fundamental para entender los cambios que se estaban produciendo con la puesta en práctica de la Constitución fue la desaparición del *privilegio* que había servido para sustentar el edificio estamental del Antiguo Régimen⁴. Esto permitió la introducción de nuevos criterios de estratificación social entre los cuales la propiedad se convirtió en el principal de todos ellos. Los niveles de renta proporcionaban el derecho a voto y también determinaban la pertenencia a la Milicia Nacional, dos de las claves fundamentales para la participación política en el régimen liberal, atrás quedaban los derechos políticos o las exenciones fiscales derivados de la pertenencia al clero o a la nobleza como estamentos privilegiados.

Del mismo modo son de gran magnitud los cambios jurídicos llegados de la aplicación del código de

Cádiz. El principio de igualdad ante la ley, la disolución de los señoríos —con las jurisdicciones particulares que llevaban anejas— o la desvinculación de las propiedades eclesiásticas, son transformaciones que afectan profundamente a la naturaleza jurídica del orden anterior.

No son menores las transformaciones políticas que experimenta el Estado. Un sistema parlamentario surgido de un proceso electoral, el principio de división de poderes, una monarquía controlada, los ayuntamientos electos y representativos, son elementos suficientes para transmitir la voluntad de renovación de las viejas estructuras políticas.

Hasta en el plano de las ideas un nuevo panorama de libertad lo inunda todo, profusión de periódicos, panfletos y hojas volanderas salieron de las imprentas difundiendo diversidad de opiniones e ideas diferentes y discrepantes, tan sólo sometidas a control las que giraban en torno a la Religión. Las sociedades patrióticas, donde se discutía y se leía la prensa, amplificaron los efectos de estos primeros pasos en la liberalización de las ataduras intelectuales de los ciudadanos⁵. La libertad de imprenta permitió ahondar en la conciencia del cambio que se estaba viviendo al permitir el comentario y la crítica, la difusión en suma, de todo lo que estaba sucediendo en los distintos ámbitos.

En definitiva el Trienio Liberal se fue configurando como un nuevo régimen surgido de una situación revolucionaria que emprendía un proceso de transformación llevando como guía la Constitución de 1812. Y ello tuvo como consecuencia la propagación de una poderosa imagen de cambio ligada al nuevo régimen. A los ojos de la gente muchas cosas estaban empezando a dejar de ser como eran, y a estos cambios, sin duda, les sucederían otros nuevos. Lejos de hacer aquí un juicio apresurado sobre la profundidad real de estas transformaciones, lo que desde el primer momento queda de manifiesto es que el sistema liberal impuso un cambio de formas en la vida pública. El liberalismo en España mostró una fisonomía nueva del poder a los ciudadanos. Su voluntad por diferenciarse de las formas absolutistas era un objetivo, no sólo conveniente, sino necesario. Posteriormente quedaba todavía pendiente la ardua tarea de obtener el respaldo social necesario para asegurar la viabilidad del régimen. El resultado dependería de la percepción particular, de la interpretación, que se hiciera de este gran proceso de cambio que estaba abriéndose un hueco entre las viejas estructuras del Antiguo Régimen.

³ Alberto Gil Novales, *El Trienio liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 1-5.

⁴ Josep Fontana, *La fi de l'Antic Règim i la industrializació*, Edicions 62, Barcelona, 1988, p. 32 y Fernando Baras Escolá, *El reformismo político de Jovellanos. (Nobleza y Poder en la España del siglo XVIII)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, p. 149.

⁵ Alberto Gil Novales, *Las Sociedades patrióticas (1820-1823)*, Tecnos, Madrid, 1975, vol I, p. 12.

EL BAJO ARAGÓN A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

Desde el Ebro hasta los Puertos de Beceite, de la cuenca del Matarraña hasta las bailías de Cantavieja, este es el extenso y desigual territorio que pertenecía al corregimiento de Alcañiz y que genéricamente se identificaba con el Bajo Aragón. Incluía tierras llanas con núcleos de población importantes —Alcañiz (5.100 habs.), Caspe (7.500 habs.)⁶— bastante separados entre sí, y otras tierras montuosas y agrestes donde los habitantes se reúnen en pequeños núcleos unos muy próximos a otros, derivando incluso hasta el hábitat disperso en els Ports o en el Maestrazgo caracterizado por las masías, unidades de producción muy adaptadas a la naturaleza del terreno. En conjunto se trata de una extensión que aumenta en altura a medida que se aleja de la línea del Ebro, haciendo más compleja su estructura geográfica labrada por los ríos Martín, Guadalupe y Matarraña, y que termina adentrándose en un nudo montañoso de materiales calcáreos del Jurásico y del Cretácico inferior formado por confluencia del Sistema Ibérico y de la Cordillera Costero Catalana⁷.

Hacia comienzos del siglo XIX existen algunas características que permitían identificar esta región y que le proporcionaban su unidad en relación con el entorno circundante. La base de la economía de la zona estaba en la agricultura, pero su estructura registraba un estado muy avanzado en el proceso de especialización productiva⁸. El producto que había permitido esta situación era el aceite cuya producción a partir del siglo XVII se había convertido en una pieza fundamental en la economía de la zona. Es clarificador el dato de que a finales del siglo XVIII más de la mitad de la renta líquida del partido de Alcañiz procedente de la tierra se debía a la comercialización del aceite, superando inclu-



Retrato de Fernando VII.

so a los cereales⁹. La suma de las buenas condiciones de cultivo con la excelente calidad del producto hicieron viable este largo proceso hacia la especialización en el cultivo de una planta de lento crecimiento como el olivo. El viajero francés Alexandre Laborde se manifestaba en este sentido sobre la producción del aceite en Aragón:

Los partidos de *Alcañiz* y *Barbastro* lo producen en tanta abundancia, que basta para abastecer a dos grandes provincias. La oliva es generalmente dulce, y el aceite bueno, excediendo en esto el partido de Alcañiz al de Barbastro; sin embargo, podría mejorarse el aceite si se pusiese más cuidado en su elaboración, cogiendo las olivas en su perfecta madurez, separando las dañadas, y no amontonándolas durante mucho tiempo, con lo cual fermentan y adquiere cierta acritud más o menos fuerte¹⁰.

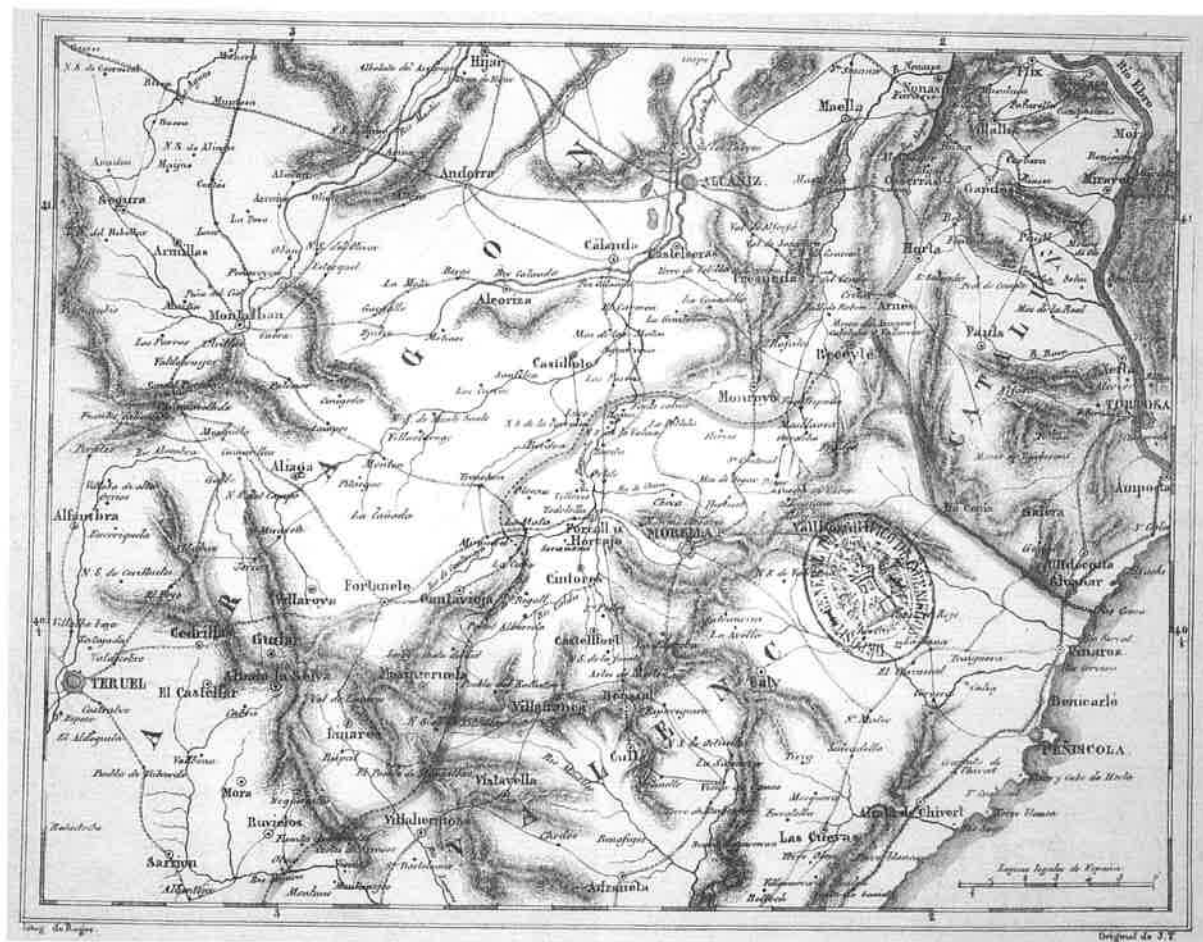
⁶ Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1845-1850, [Ambito Ediciones, Valladolid, 1986], voces Alcañiz y Caspe.

⁷ Grup d'Estudis dels Ports, *La comarca dels Ports*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1995, Salvador Ginesta i Batllori, *Les terres del Matarraña*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991 y Fernando Zorrilla Alcañiz (coord.) *Arboles del Matarraña*, Ayuntamiento de Calaceite, Alcañiz, 1994.

⁸ Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y guerra civil en Aragón 1821-1840*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1994, pp. 78-79, José de Canga Argüelles, *Diccionario de Hacienda*, Imprenta española de M. Calero, Londres, 5 tomos, 1826-1827. Hemos manejado la edición de Atlas, B.A.E., Madrid, 1968, Edición y estudio preliminar, Angel de Huarte y Jauregui, voz "Aragón", p. 113 y el artículo de Antonio Peiró en este mismo volumen "Especialización productiva y crisis social: la Tierra Baja en el ocaso del Antiguo Régimen".

⁹ Mariano José Nipo, *Correo General de España, y noticias importantes de Agricultura, Artes, Manufacturas, Comercio, Industria, y Ciencias, etc.* Madrid, 1770-1771, nums. 7-12. [Edición facsímil, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1988, 4 vols., estudio introductorio, Fernando Díez R.] p. 416.

¹⁰ Alexandre Laborde, *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo; con una sucinta idea de su situación geográfica, población, historia civil y natural, comercio, industria, hombres célebres, carácter costumbres de sus habitantes y otras noticias que amenizan su lectura. Traducción libre del que publicó en francés Mr. _*, Valencia, 1816, p. 267.



Mapa del escenario de la guerra civil carlista en Aragón y Valencia. (Foto GEMA).

La especialización en un solo tipo de cultivo introdujo una temprana relación con el mercado, ya que el producto no podía ser consumido en el lugar de origen y tenía que ser exportado a tierras deficitarias. “El aceite —continúa Laborde— se saca en gran cantidad de los territorios de Alcañiz y Barbastro, para el consumo de algunos pueblos de Aragón y Castilla, y una parte considerable pasa también a Francia”¹¹.

Otro elemento característico del Bajo Aragón se encuentra en la modalidad de señoríos que se encuentran en esta área. Se da la circunstancia de que, si bien existen unos lugares de señorío laico y algunos otros cuya titularidad residía en el clero secular y regular, situados en la zona más próxima al Ebro y en las inmediaciones de los ríos Matarranya y Mezquín, la mayor superficie del corregimiento de Alcañiz pertenecía a señoríos de las Ordenes Militares (ver mapa 1). Tanto la orden militar de Calatrava, como la de San Juan y la

del Santo Sepulcro extienden con profusión sus dominios por estas tierras y esto suponía una forma concreta de percibir el régimen feudal a través de sus relaciones de propiedad y tenencia.

Lo cierto era que los patrimonios de las órdenes militares habían sido incorporados a la Corona desde el siglo XV pero mantuvieron formalmente su identidad hasta época contemporánea¹². Desde aquel momento fueron empleados para recompensar favores al trono o para proporcionar rentas a miembros de la familia real, pero siempre con la particularidad de que retornaban a la Corona con la muerte del titular, ya que se trataba de una donación vitalicia. De este modo se perpetuó durante siglos una relación feudal caracterizada por la distancia entre el señor y su feudo. Desde la perspectiva del señor la titularidad de una encomienda era com-

¹² Ver el artículo de Carlos Franco en este mismo volumen, “Remiendos, freires y rentas. El señorío de órdenes en la Crisis del Antiguo Régimen”.

¹¹ *Ibidem*, p. 270.

prendida más como renta en dinero que como una propiedad. Poco interés podía haber en la inversión o en la introducción de cambios en un señorío que se disfrutaba durante unos años y no podía ser legado a los herederos¹³. Más sensato parecía dejar estos asuntos en manos de los administradores y resignarse en la ciudad de su preferencia a recibir año tras año unas rentas que si no siempre eran magras podían considerarse seguras. De ahí que el predominio de los señoríos de órdenes en el Bajo Aragón no pueda dejarse de lado en el momento que cobran realidad los movimientos antif feudales.

En tercer lugar cabe señalar que la red urbana en el Bajo Aragón se construye en torno a una ciudad, Alcañiz, centro administrativo, militar y punto de salida hacia el valle, que se encuentra al norte del territorio y en la proximidad del otro gran núcleo de población, Caspe. A partir de ahí, en regresión de Norte a Sur y de Este a Oeste, los núcleos habitados pierden dimensión. Y esto coincide, no sólo con la aparición de una orografía más abrupta, sino también con la aproximación hacia el límite extremo del reino de Aragón, precisamente en el punto de confluencia con Cataluña y Valencia donde el alejamiento de los principales núcleos de población es mayor. Se da la circunstancia de que también en la punta de diamante de los puertos de Beceite confluyen tres capitánías militares distintas bajo la responsabilidad de distintos capitanes generales.

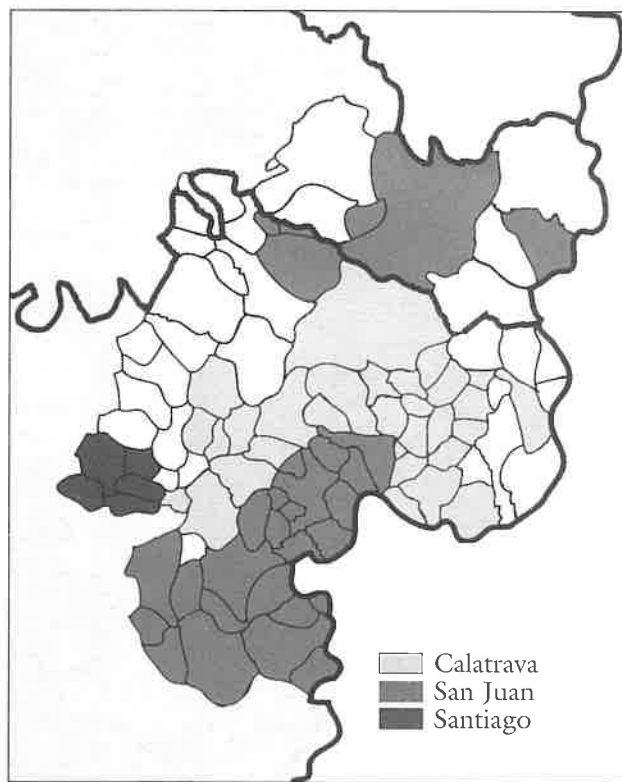
También es importante atender a la estructura de la propiedad de la tierra que, muy polarizada, muestra un alto grado de concentración de la propiedad, y al mismo tiempo, multitud de pequeños e ínfimos propietarios. Esto tuvo como consecuencia la existencia de un altísimo porcentaje de jornaleros del campo —alcanzó el 50% de la población activa agraria en 1860— que debían completar los ingresos de las pequeñas propiedades o de las parcelas arrendadas con la venta de su fuerza de trabajo¹⁴.

Y esto sucedía en una economía que orientaba hacia la exportación muchos de sus productos enviados hacia las regiones de la costa y también hacia el interior. En 1770 se decía respecto a Alcañiz que:

De esta Ciudad se extrac mucho aceite para Cataluña, Valencia, Castilla, Navarra, y muchos pueblos de Aragón: también trigo, particularmente para Cataluña y Valencia;

¹³ Palafox trató de introducirlos en su encomienda de Montachuelos y sólo consiguió pérdidas. Herminio Lafoz, *Palafox y su tiempo*, D.G.A., Zaragoza, 1992, pp. 164-165.

¹⁴ Vicente Pinilla, *Teruel (1833-1868): Revolución burguesa y atraveso económico*, I.E.T., Teruel, 1986, p. 31 y su artículo en este libro "Viejas instituciones en una nueva economía: el pósito de Alcañiz en los siglos XIX y XX".



Mapa 1. Señoríos de órdenes militares en el Bajo Aragón a fines del siglo XVII, según José Fornicás Casals.

y adquiere en cambio de estos frutos, o bien su valor en dinero, o en otros géneros de que carece, como son vino, cáñamo, lino arroz, haba y jabón seco, y otros¹⁵.

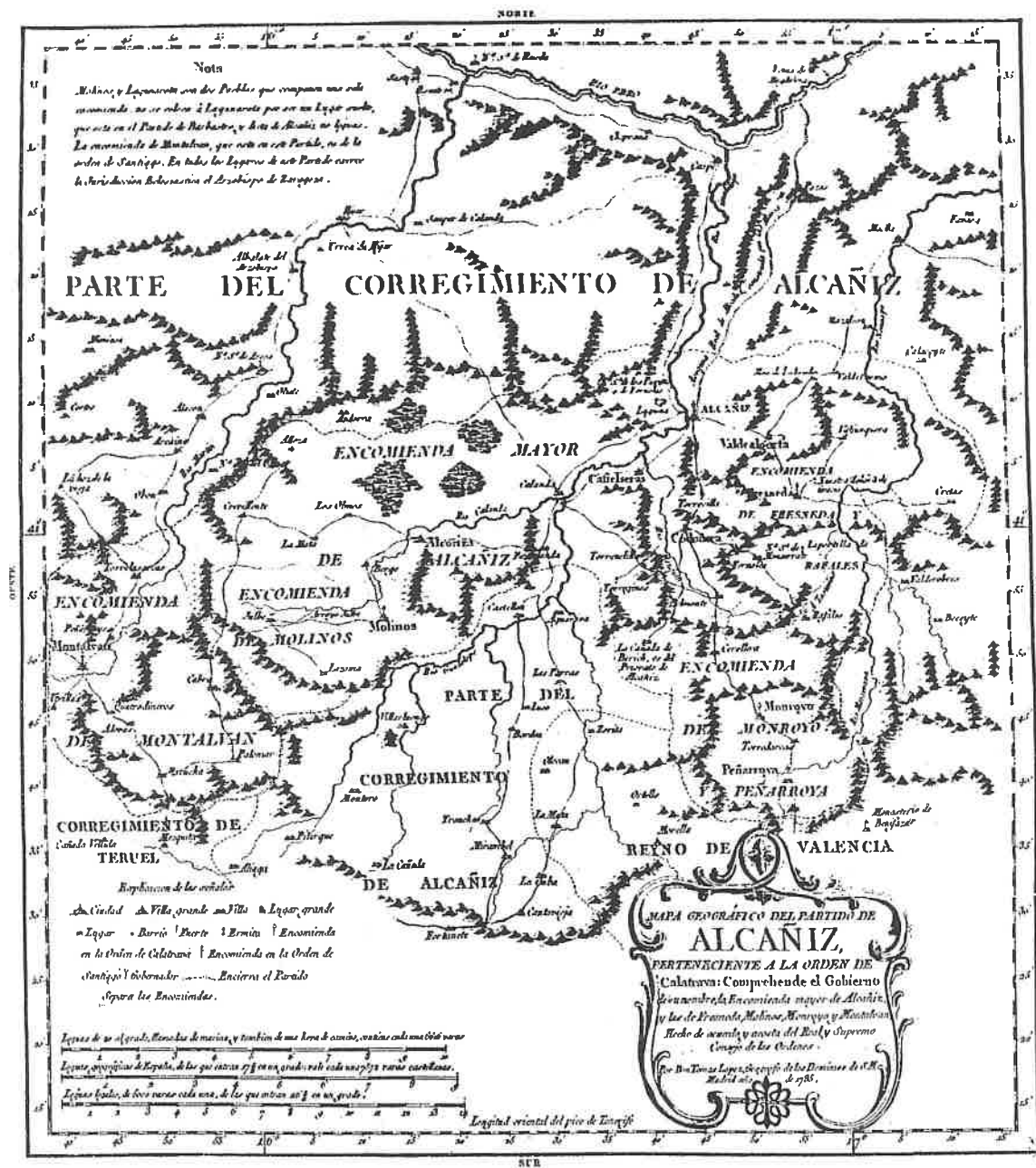
Pese a la importancia del intercambio y la comercialización de productos la relación entre los pueblos del corregimiento y la capital era difícil, tanto que pocas veces los campesinos podían enfrentarse a las complicaciones derivadas del transporte hasta los mercados, aunque éstos fueran muy cercanos:

Muchos Pueblos de este partido [...] cuya distancia del que más será de seis leguas; y sucede, que por tener poca facilidad para los transportes dexan de vender los Cosecheros con utilidad propia sus frutos, y solo sirve el lucro del comercio de estos Pueblos para enriquecer a algunos particulares, que saben aprovecharse de la situación de los Labradores, para comprarles a menos precio los frutos¹⁶.

Esas dificultades de los campesinos para la comercialización de los productos con la capital del corregimiento sirve también para ilustrar la lentitud y los obstáculos con que se enfrentaba el liberalismo en su

¹⁵ Mariano José Nipho, *Correo General de España...*, op. cit. p. 103.

¹⁶ *Ibidem* p. 104.



Mapa del partido de Alcañiz a fines del siglo XVIII y de las encomiendas de la orden de Calatrava.

intento de difundir el mensaje constitucional al conjunto de la nación, más allá de los principales centros urbanos. Aunque en las ciudades y en los núcleos de población importantes fueron formándose tempranos núcleos de apoyo al régimen, en torno al ejército, la administración o la burguesía locales, la difusión hacia las clases populares de la sociedad y en el medio rural no iba a ser fulminante. Era una tarea lenta y compleja que se realizaría, muchas veces, por la simple familiarización con las nuevas formas del Estado liberal, susti-

tuyendo de este modo el papel que hasta entonces había cumplido el Antiguo Régimen hasta llegar a configurar todo un universo mental que terminaría sustentando el nuevo orden. Otras, por la demostración de su eficacia y de las considerables mejoras que podía conllevar para la sociedad en su conjunto o para algunas clases en particular. En cualquier caso, el Trienio liberal puso de manifiesto la auténtica complejidad de este proceso y también las resistencias que podía desencadenar.



Caspe fue la población de entidad que mayor número de veces fue asaltada por las fuerzas contrarrevolucionarias entre 1821 y 1840.

EL TRIENIO LIBERAL, TIEMPO DE REVOLUCIÓN

La coincidencia en el tiempo de un mal momento para el campo bajoaragonés con las transformaciones llegadas de la mano de la revolución liberal, dificultó seriamente las posibilidades de una rápida y homogénea identificación de sus habitantes con el orden constitucional. Una combinación de circunstancias estructurales y coyunturales hicieron del Trienio liberal un período de grandes dificultades para el sector agrícola.

El fenómeno de mayor relevancia, por su duración y hondura, fue la caída que experimentaron los precios de los productos agrarios desde principios del siglo XIX¹⁷. A comienzos de los años 20 esta tendencia iniciaba su fase más aguda desarticulándose el equilibrio —moderado esplendor incluso— alcanzado durante el siglo anterior¹⁸. A pesar de que la crisis fue general, tanto por la estructura de su producción como por su localización interior, los efectos fueron mayores en el Bajo Aragón. Provincias como la de Teruel sobresalen por el agudo descenso de los precios agrícolas, como el del trigo, ocupando unas cotas sensiblemente más bajas que las alcanzadas por las provincias costeras. En 1821 se alcanzó un mínimo de 13 pts/Qm siendo que a

comienzos de siglo los precios oscilaban en torno a 30, llegándose a alcanzar más de 55 en 1812 y 1813¹⁹.

Pero aún tuvo mayor relevancia para el Bajo Aragón el hundimiento de los precios en el producto que constituía la espina dorsal de su estructura económica. El aceite registró un constante descenso de los precios desde principios de siglo, y aún continuaría en su decadencia durante los años que siguieron al Trienio²⁰. Esto supuso un impacto muy fuerte sobre los niveles de renta del campesinado. La especialización productiva había sido la clave de una bonanza económica de la región, una apuesta arriesgada que había conducido al éxito durante un largo período de tiempo. Ahora, con los olivares en plena producción ni siquiera era posible una rápida reorientación de los cultivos y el hecho de que los cereales, segunda producción en importancia de la zona, siguieran un camino similar convirtió la situación en angustiosa.

Por contra, había situaciones que no cambiaban al mismo ritmo que en otras áreas. Mientras los lugares de señorío laico y eclesiástico vieron alterada su tranquilidad por la ley de disolución de los señoríos laicos y eclesiásticos (1821), no sucedió lo mismo con los señoríos de órdenes. Esta ley había producido una rápida corriente de simpatía hacia el liberalismo en los lugares donde tuvo efecto, derivando en muchos de ellos hacia movimientos antif feudales que apostaban claramente

¹⁷ Josep Fontana, "La crisis agraria de comienzos del siglo XIX y sus repercusiones en España", en Angel García Sanz y Ramón Garrabou (comps.), *Historia agraria de la España contemporánea. I. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*, Crítica, Barcelona, 1985, pp. 103-128.

¹⁸ Ignacio de Asso, *Historia de la economía política de Aragón*, [1778], ed. facsímil, Guara, Zaragoza, 1983, pp. 123-176 y Guillermo Pérez Sarrión, *Agua, agricultura y sociedad en el siglo XVIII. El Canal Imperial de Aragón 1766-1808*, I.F.C., Zaragoza, 1984, p. 361.

¹⁹ Agustín Kondo, *La agricultura española del siglo XIX*, Nerea-Ministerio de Agricultura, Pesca y alimentación, Madrid, 1990, pp. 172-173 y 255-256 y, para Zaragoza, Antonio Peiró, "El mercado de cereales y aceites aragoneses (siglos XVII-XX)", *Agricultura y Sociedad*, n.º 43, abril-junio 1987, pp. 213-279.

²⁰ Vid. Antonio Peiró, "El mercado de cereales..." art. cit. pp. 245-250 y en este mismo libro su artículo "Especialización productiva y crisis social: la Tierra Baja en el ocaso del Antiguo Régimen".

por el nuevo régimen y por la extinción de los privilegios señoriales²¹. Nada de esto afectó a los lugares de señorío de órdenes donde el mantenimiento de las relaciones establecidas debió contemplarse como la mejor de las maneras de no empeorar la situación. Desde esta perspectiva, reticente a los cambios en momentos en que la subsistencia estaba muy comprometida, pudieron contemplar también como se llevaba a cabo la reforma de monacales y la desamortización de los conventos y monasterios sin que esta circunstancia mejorara en nada la condición de los campesinos y sí la de la burguesía que pudo comprar con ventaja las tierras subastadas.

Y estos mismos campesinos sufrieron de lleno las consecuencias de la política fiscal emprendida por los gobiernos liberales²². Si bien es cierto que el pago del diezmo eclesiástico fue reducido a la mitad, esta mitad fue sustituida por un impuesto en dinero al Estado. Y fue éste —dada la evolución de la caída de los precios y las escasas posibilidades de comercializar de forma óptima sus productos— el que ocasionó nuevas dificultades a los campesinos ya que el diezmo se pagaba en especie y no se vio afectado por la tendencia a la baja de los precios. Como afirma J. Fontana, “el mantenimiento del mismo volumen de cargas fiscales significaba de hecho, para la gran masa de la población campesina, que los impuestos que pagaban se doblaron en relación con el producto de su trabajo”²³.

Este cúmulo de circunstancias afectaron a un segmento considerable de la sociedad rural y alimentaron un sentimiento de *descontento campesino* cuyo origen estaba, no tanto en un rechazo radical del régimen, como en una oposición ante los perversos efectos que a sus ojos estaba ocasionando.

Junto a las dificultades del campesinado, los cambios impulsados por el liberalismo también repercutieron de manera muy directa sobre algunos sectores de la sociedad en función de su compromiso con el Antiguo Régimen y de su participación en el poder de la monarquía absoluta. Así sucedía con la Iglesia que con el régimen constitucional no sólo dejaba de ser uno de los pilares fundamentales del poder político, sino que vio

seriamente recortada su autoridad intelectual como suministradora de ideología²⁴ y muy afectada su influencia temporal por la reducción del patrimonio económico que la respaldaba. También se incluye la nobleza entre el grupo que vio con desconfianza la llegada del liberalismo. Su perspectiva, como detentadora de señoríos, fue temerosa ante el cambio y esto alimentó con frecuencia la reacción²⁵, aunque fue mayor entre aquellos miembros de la pequeña nobleza que se habían servido de su condición de privilegiados para acceder a cargos públicos, en la administración del Estado o, muy frecuentemente, en los concejos municipales como regidores perpetuos²⁶.

ESTALLIDOS CONTRARREVOLUCIONARIOS

De este modo se dio la coincidencia en el tiempo de dos líneas de discrepancia frente al régimen. El descontento campesino que surgía de una situación estructural agudizada con algunas de las iniciativas económicas emprendidas por los gobiernos del Trienio, y la reacción frente al orden liberal de numerosos integrantes de los estamentos privilegiados del Antiguo Régimen por la pérdida de poder político y económico que había significado la revolución de 1820. Con estos dos componentes ya configurados existía una materia prima que podía modelarse en forma de manifestaciones contra el sistema constitucional si se daban las condiciones oportunas. La conveniente agitación del descontento campesino por parte del segundo grupo, del clero fundamentalmente, derivó en revueltas amparadas por coyunturas favorables.

Corría ya muy avanzado el segundo año de vigencia de la Constitución cuando se declaró la peste en Barcelona. La noticia se extendió más rápido que la enfermedad y el temor al contagio llegó muy pronto a Aragón. Para prevenir los riesgos de la epidemia, la Junta Superior de Sanidad de Aragón resolvió, el 21 de septiembre de 1821, establecer un cordón sanitario en el Bajo Aragón que, con centro en Calaceite, se extendería por la línea del río Algas hacia el norte y por Valde-

²¹ Carlos Franco, *La crisis del Antiguo régimen en Aragón. El crepúsculo de los señores*. Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1989.

²² Jaume Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina. 1820-1823*, Ariel, Barcelona, 1976, pp. 170-172 y Carlos Forcadell Álvarez, “El sistema fiscal aragonés: de la única contribución a los desajustes y agravios tributarios tras la guerra de la Independencia”, en Miguel Artola y Luis María Bilbao, *Estudios de Hacienda de Ensenada a Mon*, I.E.F., Monografía n.º 31, Madrid, 1984, pp. 231-248.

²³ Josep Fontana, *La crisis del Antiguo régimen...*, op. cit. p. 281.

²⁴ Manuel Revuelta González, “La Iglesia española ante la crisis del Antiguo Régimen (1803-33)”, en Ricardo García Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España, V. La Iglesia en la España contemporánea*, B.A.C., Madrid, 1979, p. 95

²⁵ Es el caso del Marqués de Lazán, A[rchivo] G[eneral] P[alafox], caja 19.

²⁶ Vid. Pedro Rújula y Herminio Lafoz, *Historia de Borja. La formación histórica de una ciudad*. Ayuntamiento de Borja, Zaragoza, 1995, pp. 252-262.

rrobres, hasta Beceite, hacia el Sur²⁷. En la práctica significaba la interrupción de las vitales relaciones comerciales de esta zona con Cataluña por lo que al terror ocasionado por la enfermedad muy pronto hubo que sumar la exasperación del bloqueo comercial. Además los ayuntamientos tuvieron que cubrir con sus propios fondos el coste de los individuos que realizaban las labores en el cordón, y cuando los recursos se agotaron el gobierno se mostró insensible a las angustiosas llamadas de ayuda que lanzaban los pueblos de la zona, con lo que el clima social no cesó de enrarecerse progresivamente.

El primer estallido se registró en Alcañiz. Desde agosto se habían dejado notar algunos signos de hostilidad hacia el régimen, como la quema de los adornos de la placa constitucional, que fueron en crescendo hacia el final de verano. En la tarde del domingo 14 de octubre, 26 miembros de la Milicia Nacional formaron en la plaza ante corros de personas y rumores de que se iban a producir nuevas alteraciones. Su presencia exacerbó los ánimos y dirigió contra ellos la irritación de la gente que con gritos de viva a la Religión y a Dios, y muera a los currutacos (presumidos), a los judíos y a la corrupción hizo que los nacionales abandonaran la ciudad. A partir de ahí la escalada de violencia antiliberal creció en grado emprendiendo la búsqueda, casa por casa de los principales liberales, de un supuesto árbol de la libertad. En boca de la turba se había construido contra los liberales la acusación de que pretendían plantar el árbol de la libertad en la plaza y proclamar la república. Por descabellada que parezca la idea sirvió para articular todo el movimiento y consiguieron, con la mediación de las autoridades, que regresaran los milicianos para ser encarcelados. Así lo narraba uno de los testigos:

Figúrate a treinta jóvenes de las familias más distinguidas de la ciudad, entrar casi desnudos acompañados cada uno de un religioso como si fueran al suplicio; rodeados de una turba embravecida por la impunidad, que no cesaba de clamar “*matémoslos a esos judíos*”, “*los ricos se favorecen*”, “si entran en la cárcel luego saldrán”, dejá-noslo matar a nosotras decían las mujeres. ¡Allí hubieras visto a todos ellos con el semblante de la muerte!²⁸.

Las autoridades, en apariencia, eran instrumentos de una masa descontrolada. Sin embargo para los milicianos de Caspe que fueron en ayuda de sus compañeros no era tan descontrolada y hablaban de “levanta-



Vista de los Puertos de Beceite.

miento [...] que acaudillado por algún individuo fanático del clero, desarmó y prendió a los milicianos voluntarios llenándolos de los mayores insultos, y amenazas, y holló descaradamente las leyes, y las Autoridades”²⁹. Sólo la intervención de ejército puso fin a esta primera alteración de orden. La instrucción de la causa sobre los hechos fue totalmente imposible ya que se bloqueó una vez tras otra en las distintas instancias locales.

La experiencia de Alcañiz puso de manifiesto la facilidad con que se había provocado un levantamiento contra el orden liberal, significativamente, contra el elemento más revolucionario del liberalismo, la Milicia Nacional, donde estaban encuadrados los más destacados afectos al régimen constitucional. Pero también quedó muy claro que las autoridades habían dejado que transcurrieran los acontecimientos sin oponerse, al mismo tiempo que se identificaban miembros del clero como directores de todo el proceso.

El hecho destaca en toda España por lo prematuro, y pudiera haber sido tan sólo un hecho aislado, pero no fue así. El 29 de noviembre se formaron de nuevo grupos de hombres en la parte baja de la ciudad que con las armas en la mano recorrieron las calles voceando consignas en contra de la Constitución. Y el 8 de diciembre las alteraciones se extendieron a Caspe, donde a los gritos de “Muera la Constitución y vivan los serviles”, una muchedumbre se dirigió en busca del alcalde, los milicianos nacionales y otros liberales destacados y los encarcelaron³⁰. Después desarmaron a la guarnición. Nuevamente fueron las tropas del ejército,

²⁷ D[íario] C[onstitucional de] Z[aragoza], 1 de octubre y 26 noviembre de 1821.

²⁸ Octubre de 1821, n.º. 90, citada por Alberto Gil Novales, *Las Sociedades patrióticas...*, op. cit. vol. I, p. 239, donde puede hallarse una de las versiones mejor documentada de estos hechos.

²⁹ Exposición dirigida al jefe Político de Aragón por los Milicianos de Caspe, DCZ, suplemento del 27 de octubre de 1821.

³⁰ Artículo de Agustín de Quinto en el DCZ, n.º 339 de 1822.

el 14 de diciembre, quienes tuvieron que actuar para restablecer el orden.

La relación entre lo sucedido en Alcañiz y Caspe era evidente. La prensa lo reflejaba en estos términos: “¿Y la sedición de Caspe fue la primera de Aragón? ¿Pues y la de Alcañiz, ocurrida dos meses antes, que le sirvió de modelo, y de estímulo por no haberse castigado a sus autores?”³¹. Ambas ponían de manifiesto las dificultades para establecer firmemente el poder liberal en los municipios, que a su vez había permitido canalizar el descontento en contra de las autoridades constitucionales.

La experiencia del asalto a estas dos grandes poblaciones del Bajo Aragón, si bien mostró la vulnerabilidad de las autoridades liberales, puso de manifiesto las escasas posibilidades de mantener para los absolutistas durante algún tiempo las posiciones alcanzadas. Tarde o temprano la intervención del ejército devolvía las cosas al orden originario. En consecuencia, a comienzos de 1822, se operó un cambio en la estrategia insurreccional. Pasaron al primer plano las partidas como fórmula de combate contra el régimen constitucional. Las partidas, grupos de hombres armados que se movían con rapidez en el medio rural apoyados por su conocimiento del terreno y por el apoyo de sus gentes, permitían aprovechar al máximo el potencial de un reducido grupo de hombres generando un clima de inseguridad en una amplia área movilizándolo escasos recursos y asumiendo riesgos muy reducidos.

Las primeras partidas en Aragón fueron inducidas desde el exterior, bien por la extensión del clima insurreccional reinante en Cataluña³², o por el extenso levantamiento contrarrevolucionario dispuesto para estallar el 7 de julio de 1822. El núcleo de este plan estaba en la sublevación de la Guardia Real en Madrid con el apoyo del monarca y respaldado por levantamientos simultáneos en Andalucía, Levante y en el interior. Aragón no quedaba fuera de este plan siendo muy importantes los sucesos de Calatayud protagonizados por el ex-alcalde Adán Trujillo³³. En el Bajo Aragón se dejó notar la presencia de Rambla que entró en More-

lla a principios de junio y también fueron atacadas por partidas absolutistas Cretas y Beceite³⁴ donde, a pesar de rechazar el asalto, el capitán Joaquín María Miranda destacaba la hostilidad de los habitantes refiriéndose a “los pocos buenos que hay en esta [villa]”³⁵.

El hecho más determinante, sin embargo, fue la toma de Mequinenza por los realistas, plaza situada en un enclave estratégico entre Aragón y Cataluña y entre ambos lados del Ebro, que mantendrán, ahora sí, en su poder hasta el final de la guerra convirtiéndola en el centro de operaciones y en continuo contacto con el Bajo Aragón. Mequinenza había sido uno de los puntos fundamentales en el bloqueo con Cataluña durante la epidemia del cólera, ya que era el único lugar por el que se podía regresar del principado y donde se había instalado un hospital para las inspecciones y los contagiados. Los recursos de la población habían sufrido durante este período y el clima se había exacerbado³⁶ hasta el extremo de que el 23 de julio, los realistas contaron con la población para dar el asalto definitivo al castillo. A partir de este momento la actividad insurreccional se incrementó notablemente en el Bajo Aragón.

La extensión del conflicto

Sería difícil continuar dando siquiera referencia de todas las vicisitudes del conflicto a partir de este momento. Sin embargo, sí que es preciso para mantener la continuidad del hilo argumental, destacar que irrumpe con fuerza una figura que va a ser muy importante en el desarrollo de la contrarrevolución en el Bajo Aragón: Joaquín Capapé, conocido popularmente como *el Royo de Alcañiz*. Capapé se convertirá en el jefe principal de la insurrección durante el Trienio en el Bajo Aragón³⁷.

El incremento de la actividad insurreccional se deja notar hacia mediados de agosto de 1822 cuando 300 realistas entraron en Fabara³⁸. Al día siguiente, en Calanda, pidieron raciones y reclamaron las armas que

³¹ *Ibidem*.

³² Sobre la insurrección realista véase el valioso trabajo de Ramón Arnabat, *Els aixecaments realistes i el trienni liberal (1820-1823). El cas del Penedès i l'Araóia*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1991 y también su artículo “¿Campesinos contra la constitución?: el realismo catalán y un análisis global”, *Historia Social*, n.º 16, primavera-verano, 1993, pp. 33-49.

³³ A[rchivo] H[istórico] M[unicipal] de C[alatayud] libros de Actas Municipales de los días 1, 9 y 10 de julio de 1822 y Vicente de la Fuente, *Historia de la siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*, [1881] ed. facsímil del Centro de Estudios Bilbilitanos-IFC, Zaragoza, 1988, vol. 2. p. 629.

³⁴ El asalto de una partida de 100 hombres se produjo el 11 de julio y fueron resistidos desde el ayuntamiento por las exiguas fuerzas que había en ese momento hasta la llegada de apoyo. *DCZ*, n.º. 196, 15 de julio de 1822.

³⁵ *DCZ*, n.º. 195, 14 de julio de 1822.

³⁶ Parte del 27 de julio de 1822. *DCZ*, n.º. 209.

³⁷ Una biografía de Joaquín Capapé en Joaquín Buñuel Lizana, *Galería de alcañizanos ilustres y de destacadas personas populares*, Talleres Editoriales El Noticiero, Zaragoza, 1959, pp. 84-85 y más información en Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón*, D.G.A., Zaragoza, 1995, pp. 59-60.

³⁸ *DCZ*, n.º. 232, 21 de agosto de 1822.

hubiera en la villa en medio de una gran tensión al borde de desatarse en forma de violencia contra los liberales. La llegada de los voluntarios de Alcañiz y Zaragoza impidió la exacción en dinero que se estaba llevando a cabo y forzó la huida de los asaltantes³⁹. Pulsador es localizado a fines de agosto en la Hoz de la Vieja y en Montalbán renunciando al enfrentamiento con el ejército. La situación era contemplada de este modo por el comandante de la columna del Bajo Aragón Felipe Tolosana:

Cuando el dos del que rige destruí y dispersé la gavilla del faccioso Rambla en los campos de Cretas y Arnes, siempre creí que trataría de reunir los dispersos, y que reunidos a los que de nuevo se le alistasen en las banderas de la rebelión continuaría sus inicuos proyectos de vejar y arruinar los pueblos de esta comarca bajo el especioso pretexto de defender los derechos de la Religión y del Monarca. No salieron fallidas mis esperanzas, pero cuando tenía formado el plan de perseguir y exterminar la gavilla capitaneada por el Royo Capapé que cometía iguales desórdenes en el distrito de los pueblos de Cuevas, Castellote y Mas de las Matas; recibí un oficio del Sr. Comandante de las armas de Alcañiz a dar algún descanso a mi columna y proteger la acción de la ley sobre algunos criminales. Conociendo la imposibilidad de exterminar al Royo, el que nunca me aguardaba, y viendo por otra parte que ya Rambla se hallaba en Calaceite, determiné trasladarme a Alcañiz para desde allí operar según lo anunciase los avisos y circunstancias⁴⁰.

Otro cabecilla realista, Charpel, estuvo en Mequinenza a fines de agosto de donde pasó a Fabara y en Maella se reunió con Rambla dirigiéndose en conjunto a atacar Caspe con una fuerza de 1300 hombres. Esta villa había reforzado la guarnición y la milicia propias con milicianos procedentes Bujaraloz y Escatrón y dos columnas del ejército, la que operaba en la zona y otra al mando de Felipe Tolosana que caminó durante toda la noche desde Alcañiz. El ataque de Rambla y Chambó el día 25 de agosto fue rechazado y a pesar de no tratarse de una victoria definitiva supuso un respiro para los liberales de la zona al imaginar los efectos que se hubieran derivado de una derrota; "Parecerán frívolas las ventajas que ha conseguido la causa pública en esta brillante acción —afirmaba el comandante Tolosana—, pero si se considera que los facciosos venían ufanos a ocupar Caspe, y si se observa por otra parte, que si hubiesen logrado su intento se hubieran engrosado considerablemente además de la exacción de dinero y armas, y del perjuicio que habría experimentado el espíritu público de la Tierra Baja, se verá que ha sido una



Alcañiz cumplió el papel de centro administrativo en el establecimiento del régimen liberal en el Bajo Aragón (Archivo Mas).

de las más ventajosas que podría ofrecerse a la conveniencia pública"⁴¹.

El 30 de agosto se adentró en el Alto Aragón, procedente de Navarra, la expedición de Quesada con dirección a Cataluña atravesando toda la provincia de Huesca. Este hecho obligó a desviar parte de las tropas destinadas en el Bajo Aragón para combatir las disminuyendo la presión sobre los rebeldes en esta zona que no tardaron en incrementar su actividad. El 13 de septiembre 1.000 hombres, al mando de *el Royo* y Rambla, ocuparon Beceite⁴². La presión de una columna liberal les llevó a refugiarse en los Puertos y de allí retornaron a Mequinenza.

El asalto de Capapé a Alcañiz

Maella se vio rodeada el 27 de septiembre de 1822 por 2.300 hombres mandados por *el Royo* y Montagut obligando a retirarse a la columna móvil del Bajo Aragón que se encontraba en la villa⁴³. Capapé entró de nuevo en Maella el 9 de octubre y desde allí se dirigió con los 700 hombres que mandaba a Alcañiz. Sin gran oposición se adentró en la ciudad y llegó a la plaza de la Constitución donde se produjo un enfrentamiento con la guardia del principal y los nacionales voluntarios. La guarnición, acuartelada en el castillo, no consideró conveniente presentar combate fuera del recinto fortificado, de modo que los realistas asaltaron y saquearon a su antojo las casas de los liberales e hicieron algunas detenciones. A las 8 de la mañana del día siguiente los ocupantes dejaron libres las calles de la ciudad, como

³⁹ DCZ, n.º. 235, 25 de agosto de 1822.

⁴⁰ DCZ, suplemento del 4 de septiembre de 1822.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² DCZ, Suplemento del 18 de septiembre de 1822.

⁴³ DCZ, n.º. 284, 11 de octubre de 1822.

podieron comprobar los refugiados del castillo que sólo entonces abandonaron su reducto y descendieron al casco urbano⁴⁴. Los milicianos nacionales voluntarios, una vez más, se manifestaron como los principales valedores del sistema constitucional frente a las fuerzas contrarrevolucionarias. La población se inhibió ante el asalto aunque algunas manifestaciones permiten detectar simpatía por las fuerzas del alcañizano Capapé:

En nada se ha visto alterada la quietud de los vecinos de esta ciudad, aunque no ha dejado de haber algazara por las trujeres, con quienes si se hiciese algún castigo fuera una mejora de consideración para este vecindario⁴⁵.

La finalidad del asalto se orientaba en dos direcciones. La primera de ellas, dentro de la estrategia general contrarrevolucionaria, alimentar mediante el asalto a núcleos importantes de población el clima de inseguridad y de orden amenazado. Por otro lado, la finalidad económica, satisfecha mediante el saqueo selectivo de las casas de los habitantes tachados de liberales y con el rescate pagado —150 duros— por la liberación de tres individuos que fueron secuestrados⁴⁶.

Entretanto la insurrección se extendía por distintos puntos de Aragón. Algunos movimientos pudieron apreciarse en Borja, el Trapense, Balonga y Bessières eran localizados en Barbastro, Miralletas en Sariñena y León en Torrecilla del Rebollar.

La partida de *el Royo* tuvo un encuentro el 14 de octubre con la columna de Felipe Tolosana entre la Fresneda y Beceite lo que provocó la dispersión de los realistas. Estas dispersiones siempre eran temporales y así el día 20 ya se encontraban en activo con *Gitano* y Tena en Montalbán donde capturaron al provincial de Mondoñedo. Uniéndoseles la fuerza de León se dirigieron al suroeste de la provincia por Alfambra y el 25 de octubre se hallaban con 1200 infantes y 100 caballos a las puertas de Teruel. De características políticas muy distintas a las de Alcañiz, la capital de la provincia, firme baluarte del liberalismo resistió la acometida impidiendo la desmoralización de los constitucionales y también el saqueo que habían sido posibles en el Bajo Aragón⁴⁷. “Todos los habitantes —afirmaba el gobernador político de la provincia, Francisco Romo y Gamboa—, desde el momento en que se presentaron los enemigos, se esmeraron a porfía prescindiendo de inte-

reses y miras particulares en dar un público testimonio de su amor a la libertad, no habiéndose oído entre el fuego horroroso que se había otra voz que la de viva la Constitución”⁴⁸.

El regreso de los realistas hacia la Tierra Baja lo hicieron recalando en Aliaga donde se instalaron sin dificultad acogidos por la población y en una posición favorable para defenderse de las tropas gubernamentales⁴⁹. El 17 de noviembre, sin embargo, pasaron a la ofensiva y fueron derrotados como era previsible en un enfrentamiento abierto entre fuerzas regulares y la dispar partida de Capapé. Aún con las tropas a su espalda pernoctó en Monroyo el 20 de noviembre y al día siguiente consiguieron alcanzar lo que ya era calificado como “su madriguera de Beceite”⁵⁰ donde muy pronto estaban reunidos 2000 hombres. Rambla, Bru y Pons secundaban a *el Royo* en su mando.

Mientras tanto había llegado a Mequinenza, con un oficio del barón de Eroles, el aventurero francés Jorge Bessières para hacerse cargo de la plaza, pero la *Junta de gobierno de Aragón* que se había instalado en la plaza no consintió esta imposición y designó para el puesto de gobernador a Miralletas⁵¹. Así es que Bessières emprendió un nuevo ataque a Caspe a las primeras horas de la tarde del día 3 de diciembre. Ocuparon la barca y al día siguiente asaltaron la cárcel lo que obligó a los militares y a la milicia voluntaria de la población a refugiarse en la casa fuerte ante los 2.300 infantes y 150 caballos de los atacantes. La obstinada actitud del brigadier Joaquín Mechaca, que estaba al mando en el fuerte, rechazando las intimaciones de rendición permitió la llegada de las tropas del barón de Carondelet el día 5 cuando la situación de los defensores era francamente agobiada⁵².

A finales de diciembre de 1822 se emprendió desde el norte —Fraga— una operación de bloqueo sobre la plaza de Mequinenza. Sin provocar la caída de la plaza se puso coto a la libertad con la que se había abastecido hasta ese momento. Al concluir el año se hacía evidente que las partidas mantenían su actividad y generaban inquietud sobre buena parte del territorio aragonés y el Partido de Alcañiz en particular. Sin embargo, también era manifiesto que de este modo era improbable acabar con el régimen liberal que se asentaba progresivamente mediante el ejercicio del poder. Consciente de

⁴⁴ El testimonio procede de una carta particular aparecida en el *DCZ*, n.º, 285 de 1822.

⁴⁵ De la misma carta particular del *DCZ*, n.º. 285.

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ Parte del comandante de armas de Teruel, José de la Garda, del 27 de octubre de 1822, *DCZ*, n.º. 309.

⁴⁸ *DCZ*, n.º. 309, 5 de noviembre de 1822.

⁴⁹ De camino arrollaron a un batallón de milicia nacional activa de Oviedo, compuesto de 170 individuos.

⁵⁰ *DCZ*, n.º. 330, 26 de noviembre de 1822.

⁵¹ *DCZ*, n.º. 327, 23 de noviembre de 1822.

⁵² *DCZ*, n.º. 346, 12 de diciembre de 1822.

ello la élite contrarrevolucionaria avanzó las gestiones que debían desembocar en una invasión de los ejércitos absolutistas que pusiera fin al régimen constitucional. El congreso de Verona fue la oportunidad.

*El triunfo de la contrarrevolución:
la invasión francesa*

Comenzaba 1823 y algunos signos indicaban que los liberales en Aragón disponían de un plan para acabar con la insurrección y reorganizaban sus fuerzas para llevarlo a cabo. La formalización del cerco de Mequinenza, la declaración del estado de guerra en todo Aragón y la sustitución de Zarco del Valle por Velasco van en esta línea. Aún se produjeron serios incidentes como la ocupación de Calatayud por Capapé, Bessières y Ullman el 9 de enero pero la llegada del nuevo capitán general provocó la separación en dos mitades. La primera, con los jefes, se adentró en Castilla mientras el resto, se refugiaron en Bañón donde fueron derrotados por Velasco. Esta circunstancia alimentó el espíritu de resistencia de los pueblos que por sí solos atacaron a las partidas como en Camarillas, Aliaga, Galve⁵³, Escatrón⁵⁴ o Vinacey⁵⁵. Mientras tanto el ejército centró su actividad en recorrer las masadas de Ráfales, donde se sabía que se apoyaban las partidas y caer por sorpresa sobre el pueblo. La acción dio como resultado la captura de 52 prisioneros de los 90 que se encontraban en Ráfales, entre ellos 9 de Fórnoles que ya habían sido indultados en Alcañiz⁵⁶.

Alejadas de sus jefes principales y acosadas por la población en muchos lugares, las partidas del Bajo Aragón se limitaron, a la altura de febrero, a mantenerse activas en la búsqueda de suministros y dinero para sus hombres sin emprender ninguna acción de relevancia. El *Royo* no regresará al Bajo Aragón hasta bien entrado el mes de marzo, no sin antes intentar por segunda vez el asalto a Teruel en el que fracasará de nuevo⁵⁷. Pero en estos momentos ya no eran importantes las acciones que se emprendieran sobre el terreno sino las decisiones que se estaban tomando a cientos de kilómetros de allí. Luis XVIII, brazo armado de las potencias europeas de la Santa Alianza, había anunciado a fines de enero la formación de un ejército, los “Cien Mil Hijos de San Luis” con el objetivo de acabar con el régimen liberal español.



Retrato del alcañizano Manuel Carnicer, jefe de las fuerzas carlistas de Aragón y Valencia hasta abril de 1835.

El 7 de abril comenzaba la entrada en España de estas tropas invasoras. Desde ese momento, los realistas se convirtieron en la vanguardia del ejército francés, abriendo el paso en un terreno que conocían bien y sobre el que llevaban tiempo combatiendo, realizando operaciones de represión contra los liberales y tomando el poder hasta que el rey, que había llegado a Cádiz con el gobierno y las Cortes, fuera liberado. El avance se realizó en Aragón sin resistencias importantes. La antelación con la que se conoció la noticia de la invasión favoreció un proceso de desarme de la poblaciones que impidiera represalias y saqueos indiscriminados. Parecía que los liberales se hubieran desvanecido. En Zaragoza una “junta de notables” daba la bienvenida al duque de Angulema el 24 de abril que sin mayor complicación tomó posesión de la ciudad. En Alcañiz la escena tampoco revistió un perfil distinto. La experiencia constitucional del Trienio podía darse por concluida y diez nuevos años de viejo absolutismo nacieron del derribo del régimen liberal.

**DIEZ AÑOS CRUCIALES:
LA DÉCADA ABSOLUTISTA (1823-1833)**

Con la liberación del rey el 1 de octubre de 1823 puede darse por concluida la recuperación de la corona española para el absolutismo. Inseguro Fernando VII de su posición se apoyó en las tropas invasoras que permanecieron acantonadas en algunas ciudades como

⁵³ DCZ, n.ºs. 27 y 28, 27 y 28 de enero de 1823.

⁵⁴ DCZ, n.º. 53, 22 de febrero de 1823.

⁵⁵ DCZ, Supl. 20 de febrero de 1823.

⁵⁶ DCZ, n.º. 53, 22 de febrero de 1823.

⁵⁷ Artículo del DCZ, n.º. 99, 9 de abril de 1823, firmado por el amigo de la humanidad.

Cuadro 1.
Voluntarios realistas en los corregimientos aragoneses 1825

Corregimiento	habs. 1800	Vestidos	Sin vestir	Total	% vestidos	% habitantes
Albarracín	15.648	86	1	87	98,85	0,56
Alcañiz	108.119	425	2.894	3.319	12,81	3,07
Barbastro	61.659	428	510	938	45,63	1,52
Benabarre	35.789	0	99	99	0,00	0,28
Borja	18.857	3	1.041	1.044	0,29	5,54
Calatayud	58.385	1.196	2.277	3.473	34,44	5,95
Cinco Villas	37.310	0	176	176	0,00	0,47
Daroca	61.090	173	2.962	3.135	5,52	5,13
Huesca	41.253	—	—	—	—	—
Jaca	25.702	0	40	40	0,00	0,16
Tarazona	15.972	512	214	726	70,52	4,55
Teruel	58.372	427	1.091	1.518	28,13	2,60
Zaragoza	120.665	1.255	1.206	2.461	51,00	2,04

Fuente: A. D. P. Z.

garantía de control. Nuevamente el Estado asumía el papel de agente contrarrevolucionario. Los nuevos gobiernos absolutistas dirigieron su actividad en dos direcciones: la represión de los liberales y la formación de los Cuerpos de Voluntarios Realistas⁵⁸.

Erradicar la obra constitucional y devolver el orden de cosas “al estado legítimo que tenían antes del atentado del 7 de marzo de 1820”⁵⁹ fue una de las prioridades contrarrevolucionarias. La depuración de la administración llevada a cabo por las juntas de fe fue tan sólo una de las fórmulas de represión de los liberales, que se desarrolló también en forma de violencia popular⁶⁰ ocasionando un flujo hacia la emigración que completó la labor de depuración impulsada por el gobierno. Los aliados franceses quedaron estupefactos ante el curso que tomaba el ajuste de cuentas político manifestando, con poco éxito, su desaprobación hacia los métodos empleados contra los liberales.

Una vez allanado el terreno, la contrarrevolución fernandina dispuso —a imitación de lo que el propio liberalismo había hecho con muy buenos resultados—

la formación de una milicia que llevaría el nombre de Cuerpos de Voluntarios Realistas. Se trataba de una milicia absolutista sometida a las ordenes de la autoridad militar que operaría en el ámbito municipal como extremidad de la reacción emprendida en todo el Estado. Además, servía para resolver un problema muy importante que estaba todavía pendiente: ¿qué hacer con las partidas realistas?

Las partidas habían surgido al margen de la estructura militar, sus integrantes habían superado un grado tras otro en el plazo de unas semanas, o a veces tan sólo de unos días. Numerosos capitanes, tenientes e incluso mariscales de campo surgidos de la insurrección realista, los primeros defensores de Fernando VII antes de la invasión francesa, se encontraban en una ambigua situación. Muchos no sabían leer ni escribir, por lo que difícilmente podían ingresar en la carrera militar en el grado que disfrutaban en las partidas, pero nadie podía discutirles que habían sido el principal baluarte del rey contra los liberales, y esto debía ser gratificado de algún modo. La solución, poco satisfactoria —como más adelante podrá comprobarse—, pasaba por los Voluntarios Realistas. Las partidas fueron disueltas quedando en cuadro sus oficiales. Los soldados fueron enviados a sus pueblos y allí se les ofreció la posibilidad de alistarse en los cuerpos de Realistas y generalmente desempeñaron los cargos de oficiales y suboficiales. Los jefes atravesaron una larga y penosa —les llegó a faltar incluso para su manutención⁶¹— espera en tanto llegaba su “recalificación”. El resultado fue decepcionante. Unos fueron recalificados de tenientes cuando habían alcanzado el

⁵⁸ Sobre Voluntarios Realistas véase Sisinio Pérez Garzón, “Absolutismo y clases sociales. Los Voluntarios Realistas de Madrid (1823-1833)”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV, 1978, pp. 1-16; Ramón Río, “La formación del cuerpo de voluntarios realistas en Navarra (1823-1828)”, *Musco Zumalakarregi. Estudios Históricos*, n.º 2, 1992, pp. 209-237 y “Ultras y mercenarios: las fuerzas paramilitares en los años previos a la guerra carlista en Navarra (1828-1832)”, *Gerónimo de Ustariz*, n.º 8, 1993, pp. 557-72; y Daniel Rubio Ruiz, “Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte”, en Josep María Sole i Sabate (dir.), *El carlisme com a conflicte*, pp. 57-70.

⁵⁹ Baycna, 6 de abril de 1823, *Circulares de la Junta provisional de gobierno de España e Indias*, Madrid, Imprenta Real, 1823.

⁶⁰ Vid. Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, op. cit. p. 846.

⁶¹ Exposición del 1 de marzo de 1824, A[rchivo] G[eneral] M[ilitar] de] S[egovia], Sección 1ª., expediente C-1115.

grado de mariscales, otros ni siquiera eso, la mayoría quedaron apartados del ejército, con licencia ilimitada, hasta nueva orden y todos recibían su paga irregularmente y con retrasos⁶². Tampoco a ellos les quedó mas opción que incorporarse como oficiales en los Voluntarios Realistas, la única forma directa que había servido para gratificar sus servicios. Además, tan pronto como el gobierno comprobó que el descontento estaba haciendo mella en este cuerpo dispuso el establecimiento de arbitrios que les permitiera una buena situación económica. Esto fue determinante para que se produjeran nuevas incorporaciones que atrajeron a sus filas miembros de las clases con menores ingresos de la sociedad.

De este modo se fueron configurando los Cuerpos de Voluntarios Realistas como un reducto de radicalismo absolutista, un grupo social descontento con la orientación política del gobierno y que tenía al alcance de su mano armas, instrucción y una organización militarizada que podía ser orientada hacia la consecución de fines comunes. Así se puso de manifiesto en el levantamiento de Capapé en 1824⁶³ y en el de Bessières en 1825⁶⁴, curiosamente dos de los jefes realistas que habían actuado en el bajo Aragón durante el Trienio. Nuevamente en 1827, durante el levantamiento de los *malcontents* catalanes los realistas tomaron un papel destacado⁶⁵ en la defensa de posiciones ultraabsolutistas⁶⁶. El rey mismo tuvo que acudir a Cataluña para deslegitimar a quienes argumentaban que esa actitud, la del radicalismo absolutista, era la que defendía el monarca.

En Aragón la implantación de los cuerpos realistas fue desigual —cuadro 1—. Por su cantidad destacan los corregimientos de Calatayud, Alcañiz y Daroca, mientras que en relación a su número de habitantes son

⁶² "Memoire sur la situation de l'Armée Espagnole", A[rchives du] M[inistère des] A[ffaires] E[trangères], Correspondance Politique, Mémoires et documents, Espagne, 213, 1826, 14 de enero, ff. 34-35.

⁶³ J. Fontana, *La crisis del Antiguo régimen*, op. cit. p. 188, Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, op. cit. p. 864 y Antonio Pirala *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, Turner/Historia 16, Madrid, 1984, vol. I, p. 42.

⁶⁴ Bando de la Capitanía General de Aragón a los *Aragonenses*, firmado por Luis de Bassacourt, el 30 de agosto de 1825, A.H.M. Expedientes personales, B-2210.

⁶⁵ Ver el reciente trabajo de Pere Anguera *Els malcontents del Corregiment de Tarragona*, Dalmau, Barcelona, 1993 y el clásico de Jaume Torras *La guerra de los Agravados*, Publicaciones Càtedra Historia General de España, Barcelona, 1967, prólogo de Carlos Seco Serrano.

⁶⁶ Sobre las implicaciones del Bajo Aragón en la insurrección de los *malcontents* véase Pedro Rújula, *Rebelión campesina y primer carlismo*, op. cit. p. 78-82.



Don Carlos María Isidro de Borbón.

Retrato del infante D. Carlos.

Calatayud, el somontano del Moncayo y Alcañiz los que mayores índices registran. En ambos casos se detecta una alta implantación de los voluntarios realistas en las zonas donde se habían desarrollado los combates contra el régimen constitucional durante el Trienio lo que pone de manifiesto una línea de conexión entre ambos. No es extraño, pues, que los primeros estallidos carlistas tuvieran estas zonas como puntos clave de la actividad insurreccional. Pero, antes de que esto sucediera, se iban a producir rápidos movimientos en la cúspide del Estado que prepararían el terreno.

A medida que avanzaba la década de los 20, los gobiernos fernandinos se fueron encontrando ante una gran paradoja: habiendo impulsado la contrarrevolución como uno de los ejes de su política se habían visto sobrepasados por la derecha por fuerzas aún más radicales que abogaban por extremar los horizontes de la reacción. Ciertamente existía en esta crítica una simple reclamación de poder que iba desde la base —los empleos municipales— hasta la cúspide —los puestos en el Consejo de Ministros—, que de haberse satisfecho habría aplacado considerablemente las iras apostólicas. Sin embargo reflejaba también la visión de buena parte del absolutismo moderado y de la burguesía que



Carnicer cobrando la contribución a los alcaldes de los pueblos.

consideraban necesario un cambio del patrón que ahorraba el Estado, visto que el presente no se veía con fuerza suficiente para enfrentarse a los problemas con éxito. De este modo fue escindiéndose el soporte que el trono había recibido en 1823 hasta configurar dos bloques de intereses contrapuestos que tenían su horizonte político puesto en el momento en que falleciera el monarca. Sin embargo los sucesos que precedieron ese día anticiparon el conflicto.

El partido apostólico tenía sus miras puestas en la sucesión del hermano de Fernando VII, el infante Don Carlos, hombre piadoso y sin destellos que podía muy bien llevar a efecto su política y sus intereses. Sólo el apego a la vida del rey podía interponerse a sus objetivos, y aún esto era una simple cuestión de tiempo. Sin embargo un inesperado elemento entró en juego trastocando todos los planes. De resultas del tercer matrimonio de Fernando VII —en los anteriores no había tenido descendencia— nació una hija que, merced a las disposiciones legales que se habían tomado antes de su nacimiento heredaría el trono. Esto permitió centrar lo que era una simple disputa por el poder en una cuestión dinástica. A partir de aquí es cuando empieza a no entenderse nada si se insiste en que un país emprendió una guerra civil de siete años por si la sucesión legítima era la del tío o la de la sobrina. Un personaje de Galdós en *La campaña del Maestrazgo* reflexionaba en voz alta:

¡Los derechos de la Reina, los de don Carlos! Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo menos que echarme a reír..., y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos

locos. ¿Cree usted que a Cabrera le importan algo los derechos de Su Majestad varón? ¿Y a los de acá los derechos de Su Majestad hembra?⁶⁷

El asunto de los derechos de sucesión es tan sólo una circunstancia más en la etapa final de la disolución del Antiguo Régimen inserto en el contexto político previo a la muerte de Fernando VII.

Ante la eventualidad de que la sucesión de Isabel II significara una pérdida de poder por parte de los carlistas y el fortalecimiento de las tesis de los moderados su estrategia se centró en deslegitimar esta sucesión. El momento escogido fue el agravamiento de la enfermedad del monarca durante el verano de 1832, durante su estancia en la Granja. Consiguieron del rey moribundo la derogación de la Pragmática Sanción, es decir, de nuevo la vigencia de la Ley Salica, sin tener la precaución de esperar a que exhalara para proclamar a Don Carlos. Ante la sorpresa de la mayoría el rey se restableció sustancialmente, hasta el extremo de dar marcha atrás a todo lo actuado y, apoyándose en la reina, María Cristina, inició una labor de gobierno que desterraba de los aledaños del poder a los artífices de la maniobra y buscaba apoyos para su reinado y para el de su hija en la plataforma ofrecida por el moderantismo. El año que Fernando VII todavía permaneció vivo fue crucial para el desarrollo de los acontecimientos. Nombró un nuevo ministerio encabezado por Zea Bermúdez que, aunque no abandonó el absolutismo, supuso un paso importante hacia el aperturismo del régimen en busca de la política del *justo medio*⁶⁸. Decretó una amnistía que permitió el regreso a España de muchos liberales exiliados, algunos de los cuales participarían posteriormente en política sosteniendo a Isabel II. Fueron sustituidos de sus cargos aquellos militares carlistas por otros fieles a las órdenes del gobierno.

Los Voluntarios Realistas también fueron objeto de de este giro político. Fueron privados de su independencia de mando y de su solvencia económica y cuando esto no fue suficiente para provocar el abandono, la aplicación rigurosa del reglamento diezmó sus filas definitivamente. Pero una larga educación orientada hacia la contrarrevolución, el disfrute del poder en los municipios y la percepción de una recompensa económica ligada al servicio de la monarquía absoluta no podían ser olvidados de la noche a la mañana. El descontento que había sido una constante desde la crea-

⁶⁷ Benito Pérez Galdós, *La campaña del Maestrazgo*, Alianza, Madrid, 1976, p. 46.

⁶⁸ Sobre la política del justo medio Isabel Burdiel, *La política de los notables. Moderados y avanzados durante el Régimen del Estatuto Real (1834-1836)*. Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.

ción de los Cuerpos de Voluntarios Realistas alcanzó su mayor desarrollo en la fase final de la década⁶⁹ cuando, aunque no se había determinado la disolución del cuerpo, era evidente que se desconfiaba de él por su afinidad al carlismo. Los Voluntarios Realistas serán una pieza clave para comprender la primera fase de la insurrección carlista.

LA ÉPOCA DE CARNICER

El tiempo jugó a favor de la Reina María Cristina y de la princesa Isabel⁷⁰. Cada día que pasaba su posición política se afianzaba y se daban nuevos pasos en la búsqueda de una base viable a su reinado que debía desembocar en un régimen similar a los de carta otorgada que habían existido en Europa. La inactividad del infante D. Carlos hasta que se hubiese producido la muerte de su hermano favorecía esta situación. Pero un 29 de septiembre de 1833 el rey exhaló y D. Carlos hizo públicas sus aspiraciones al trono⁷¹. Nada, aparte de mismo hecho de la muerte del monarca, cambiaba. Las posiciones estaban establecidas desde hacía tiempo. Sin embargo, fue el pistoletazo de salida para que las fuerzas contrarrevolucionarias —pueden llamarse carlistas con propiedad desde este momento— se lanzasen al asalto del poder. Después de que hubieran fracasado todos los esfuerzos para hacerse con el poder desde dentro del régimen se abrió paso la vía armada. Políticamente el carlismo no fue más que eso, el recurso a la violencia para imponer un proyecto contrarrevolucionario que preservara los intereses de algunos grupos sociales frente a los progresos del liberalismo. Sin embargo la combinación de estos intereses políticos con la carga de descontento que afectaba a buena parte del país —como había sucedido en el Trienio— desembocó en un movimiento social de grandes dimensiones

⁶⁹ La sublevación de los realista de Zaragoza, en marzo de 1833, ocasionó el temprano desarme en previsión de los desórdenes que pudieran ocasionar. *Fastos españoles o efemérides de la guerra civil desde octubre de 1832*, Imp. Ignacio Boix, Madrid, 1839, vol. I, p. 140.

⁷⁰ *Forces respectives des deux partis en Espagne* par M. le Bon. L. de Viel-Catel. Octubre de 1833. A.M.A.E. Memoires et Documents, Espagne, 313, 1830 a 1840, f. 17.

⁷¹ Lo hizo en estos términos en el conocido como manifiesto de Abrantes: "... Desde el fatal instante en que moría mi caro Hermano (que Santa Gloria haya), creí se habrían dictado en mi defensa las providencias oportunas para mi reconocimiento; y si hasta aquel momento habría sido traidor el que lo hubiese intentado ahora lo será el que no jure mis banderas, a las cuales, especialmente a los Generales, gobernadores y demás autoridades civiles y militares haré los debido cargos, cuando la misericordia de Dios, si así conviene, me lleve al seno de mi amada Patria, y a la cabeza de los que me sean fieles". *Fastos...*, op. cit., vol I, p. 479.

que evolucionó en forma de guerra civil durante siete largos años.

Los brotes insurreccionales afectaron prácticamente a toda la península, sin embargo la rebelión carlista sólo arraigó en unos puntos muy determinados, allí donde la combinación de elementos y circunstancia lo hicieron posible: en las Provincias Vascongadas⁷², Navarra⁷³ y en Cataluña⁷⁴ y, por supuesto, en Aragón⁷⁵. La insurrección en Aragón se manifestó, en primera instancia, en forma de levantamientos instigados en las ciudades protagonizados por los voluntarios realistas y oficiales ilimitados⁷⁶ en los que era bastante frecuente la colaboración de individuos del clero. El primero de todos ellos fue el descubierto en Alcañiz. Fue a comienzos de octubre cuando se produjeron los primeros signos inequívocos de que en esta ciudad se estaban produciendo movimientos orientados al levantamiento de la ciudad. "Debo manifestar a VE —escribía el gobernador de la plaza al capitán general Ezpeleta— que en la noche del día seis al siete de los corrientes, siendo las once horas de la misma se oyeron en la calle del Carmen y la baja de San Francisco unas voces de Viva Carlos quinto, cobardes de Alcañiz que hacéis que no os levantais" y "el grito se repitió en la Parroquia llamada de las Monjas"⁷⁷.

A pesar de que la incitación no fue secundada la intencionalidad de los movimientos de esa noche no dejaban lugar a dudas. La alarma del gobernador dio resultado unos días más tarde. En estos términos se dirigía al Regente con fecha de 14 de octubre, refiriéndose a lo sucedido:

...debo manifestar que en esta ciudad se ha intentado una conspiración contra los legítimos derechos de la Reyna

⁷² José Ramón Urquijo Goitia, "Introducción" a John Francis Bacon, *Seis años en Bizakia*, Museo Zumalakarregi, Guipuzkoa, 1994.

⁷³ Juan Pan Montojo, *Carlitas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1990.

⁷⁴ Pere Anguera, *Déu, Rei i Fam. El primer carlisme a Catalunya*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1995.

⁷⁵ Sobre Aragón véase José Ignacio Micolau, "Carlismo y crisis campesina en el Maestrazgo y el Bajo Aragón (1833-1840). Una aproximación", *Teruel* n.º. 63, Teruel, 1980, pp. 5-40, Francisco Asín, *Aproximación al carlismo aragonés durante la guerra de los siete años*, Librería General, Zaragoza, 1983 y Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, op. cit.

⁷⁶ "El Capitán General de Aragón participa al Gobierno de S. M. que en su distrito se goza de perfecta tranquilidad, aunque no deja de infundir algún recelo el movimiento que se observa en los Oficiales ilimitados, retirados y pensionistas, procedentes de las filas realistas, y en otros últimamente separados del ejército". *Fastos...*, op. cit. vol. I, p. 509.

⁷⁷ 10 de octubre de 1833, A[rchivo] H[istórico] M[unicipal de] A[lcañiz], Con. c. 20.



Morella fue un punto clave en el control territorial de los carlistas en el Bajo Aragón-Maestrazgo.

N.S. He formado la correspondiente sumaria y ayudado del Coronel del provincial de Ciudad Real se ha descubierto la conspiración habiendo hecho presos al Capitán ilimitado D. José Puertolas del Junco de dicho Regimiento y fugándose el ilimitado D. Manuel Carnicer, estando esta ciudad en la actualidad en la mayor tranquilidad sin que tenga noticia de haber ocurrido la más mínima novedad⁷⁸.

La conspiración fraguada en Alcañiz había surgido del entorno de los oficiales ilimitados. Una vez desvelados los planes de los que participaba Carnicer y situado al margen de la legalidad sólo pudo seguir hacia adelante, de ahí que se decidiera a formar una partida con otros oficiales que habían combatido durante el Trienio contra el orden liberal. Según el capitán general de Valencia “los más de dicha gavilla eran oficiales de *el Royo*, Capapé, naturales de Aragón, y que se le habían reunido diez y siete o diez y ocho individuos más”⁷⁹. La partida formada por hombres “tan perjudiciales a los intereses públicos que al parecer sólo intentan alterar el orden”⁸⁰ se movió inicialmente entre Alcañiz y Morella con dificultades para subsistir pero sin disolverse causando alarma a las autoridades. Pero ¿quién era Carnicer, el jefe de estos hombres que, desde la Tierra Baja, causaban la inquietud del capitán general de Aragón?⁸¹

⁷⁸ 14 de octubre de 1833, A.H.M.A. Con. c. 20. Sobre Puertolas, Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, op. cit. p. 171.

⁷⁹ *Fastos...*, op. cit. vol. I, p. 770.

⁸⁰ 20 de octubre de 1833. A.H.M.A. Con c. 20.

⁸¹ *Fastos...*, op. cit., vol. I, p. 770.

Carnicer había nacido en Alcañiz en 1798, en una familia de extracción humilde. Con la quinta de 1818 fue destinado a servir en la Guardia Real de Infantería hasta que su regimiento se sublevó el 7 de julio de 1822 y los soldados fueron redistribuidos a otros cuerpos. Aprovechó esta oportunidad para incorporarse a las filas de Capapé, *el Royo*, conciudadano suyo que lideraba las fuerzas realistas en Aragón. En sus filas, con apenas 23 años, alcanzaría la graduación de teniente coronel de infantería. Con la recalificación de grados de 1824 le fue concedido el de teniente y en esta categoría sirvió hasta 1832 cuando recibió el retiro, según algunas opiniones por sus antecedentes realistas⁸².

Después del de Alcañiz se produjeron otros conatos insurreccionales en Calatayud, Barbastro o Zaragoza. En Caspe sin llegar a producirse alteraciones se registraron signos de tensión social⁸³. El levantamiento de Morella fue de gran relevancia porque alcanzó el éxito y agitó una amplia zona entre Aragón, Cataluña y Valencia reuniendo todos los rebeldes de la zona⁸⁴. Pese a permanecer en poder de los carlistas entre el 12 de noviembre y el 7 de diciembre de 1833 no alcanzó a extender de manera generalizada la insurrección y siendo el único punto tomado por los carlistas en el levante terminó por atraer a las tropas gubernamentales sobre sí forzando el abandono de la plaza. Las dirección de los 1.400 hombres que salieron de Morella mandados por el Barón de Hervés⁸⁵ fue hacia el Bajo Aragón, pasando por las inmediaciones de Alcañiz y ocupando Calanda el día 9. Allí fueron alcanzadas por las tropas del brigadier Linares que les hicieron frente y les provocaron una importante derrota. Tanto Hervés, jefe de las fuerzas carlistas, como el gobernador de Morella, Carlos Victoria, fueron fusilados, la dispersión de sus tropas fue total y muchos de ellos se acogieron al indulto.

⁸² Un emigrado del Maestrazgo, *Vida y hechos de los principales cabecillas facciosos de las provincias de Aragón y Valencia...* op. cit. pp. 25-48. Otras referencias biográficas en la obra citada de Buñuel *Galería...* pp. 88-91

⁸³ Oficio del gobernador de Alcañiz al ayuntamiento de Caspe: “Recibo el oficio de V fecha de ayer en el que se avisa de la desconianza que tuvieron algunos vecinos de esa villa por temor de que se alterase el orden y que estos vecinos honrados estaban dispuestos a sostener la tranquilidad”, 15 de octubre de 1833. A.H.M.A., Con c. 20.

⁸⁴ Una buena versión de los hechos en José Segura y Barreda, *Morella y sus aldeas*, Ayuntamiento de Morella y Amigos de Morella y su comarca, Morella, 1991, Tomo IV. Transcripción e introducción por Manuel Grau Montserrat, pp. 17-46.

⁸⁵ Sobre el Barón de Hervés, Fernando Izguirre, “Aragón en la primera guerra carlista”, *Zurita*, VI, Zaragoza, 1958, 93-119 y Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, op. cit. pp 147-160.

El éxito no acompañó a los carlistas en esta primera oleada insurreccional centrada sobre las ciudades. Los fracasos de las acciones emprendidas en el medio urbano se sucedieron, poniendo de manifiesto, asimismo, los escasos resultados de aquellas conspiraciones dirigidas por importantes personajes de la contrarrevolución —el conde de Villemur en Zaragoza, el barón de Hervey y Carlos Victoria en Morella— y que contaban con la colaboración activa de algunos miembros del clero.

Tras esto la insurrección carlista encontró su viabilidad en un marco social y político distinto del que había imaginado. Arraigó, sin haberlo pretendido expresamente, en el medio rural, fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, la distancia de los ejes administrativos del Estado donde se radicaban las guarniciones del ejército, la estructura socioeconómica se estaba renovando y con mayor profusión habían circulado las ideas y las formas del liberalismo. Una consecuencia de la rápida separación de los carlistas de las instancias de poder y de toma de decisiones. En segundo, por que es allí donde obtuvo una base social que nutriera sus filas y un medio humano que le dio acogida. La ciudad siempre fue un medio hostil para el carlismo, en el campo, sin embargo, se dieron con más frecuencia las condiciones para que prosperase.

En el Bajo Aragón la clave para entender el arraigo de las partidas carlistas está en el estrato intermedio de la contrarrevolución que habíamos visto surgir durante la década absolutista, aquel que se consolidó en el caldo de cultivo de los Voluntarios Realistas y frecuentemente personalizado por los oficiales ilimitados. No eran, por supuesto, altos jefes del bando apostólico; pero tampoco simples peones en el tablero decimonónico. Tenían una formación táctica acumulada en la lucha contra el orden constitucional en 1822 y 1823, disponían hasta fechas recientes de una organización que les hacía poderosos en sus pueblos y ponía en sus manos armas que muchos no devolvieron en el momento de ser disueltos a fines de 1833, se habían nutrido ideológicamente de los contenidos de la contrarrevolución radicalizando sus posiciones cuando el discurso político de la monarquía comenzó a ser más matizado y algunos, incluso, habían entrado durante un tiempo a formar parte de la oficialidad del ejército. Fueron ellos los que, colocados a la cabeza de las partidas y actuando sobre un terreno que conocían bien y cuyas gentes les reconocían como propios, fueron capaces de atraer una base social procedente del campesinado descontento hacia el carlismo. Su labor fue convenientemente apoyada por clérigos ultrarrealistas que desde los pueblos incitaban a los jóvenes a unirse a las partidas, pero la



Asalto carlista a Beccite.

experiencia de los partidos de Calatayud o Barbastro demuestra que este impulso dado por los eclesiásticos no fue suficiente para formar un núcleo insurreccional estable cuando no existió el componente militar que aportaban realistas e ilimitados.

Manuel Carnicer, de Alcañiz, teniente retirado, Joaquín Quílez, teniente retirado, de Samper de Calanda, Montañés, subteniente retirado y segundo comandante de voluntarios realistas, de Mazaleón o Francisco Conesa, teniente retirado de Azuara, estos eran los jefes de la insurrección carlista del Bajo Aragón. A su lado se situó Cabrera, creció en conocimiento, en experiencia y también en nombradía⁸⁶. El beneficiado de la catedral de Tortosa que nunca llegó a ordenarse como sacerdote fue haciéndose un lugar entre hombres a los que superaba en formación intelectual y en capacidad organizativa, y con los que muy pronto pudo competir por el liderazgo. Durante la primera fase de la guerra pudo comprobar que la extracción campesina de las filas carlistas imponía una fuerte estacionalidad en la incorpo-

⁸⁶ Algunas de las múltiples biografías de Cabrera son la de Buena-ventura de Córdoba, *Vida militar y política de Cabrera*, Imprenta de don Eusebio Aguado, 4 vols., Madrid, 1844-1845, *Historia de Cabrera y de la guerra civil en Aragón Valencia y Murcia. Redactada con presencia de documentos y datos de una y otra parte por...*, Est. tipográfico de D. Vicente Castelló, Madrid, 1845 de Damaso Calbo y Rochina de Castro, *Vida del caudillo carlista don Ramón Cabrera*, Despacho de Mateo y Comp^a., Madrid, 1872 o la de Un Emigrado del Maestrazgo, *Vida y hechos de Ramón Cabrera con una reseña de las principales campañas desde noviembre de 1833 hasta el presente*, Oficina de Manuel López, Valencia (2^a), 1839.



Apresamiento de Carnicer en Miranda de Ebro.

ración de hombres a sus filas. En el otoño y, sobre todo, en la primavera cuando más escaseaban los recursos en las familias campesinas, podía apreciarse una afluencia de hombres a las partidas y, con ella, un incremento de la actividad insurreccional. Sin embargo, coincidiendo con el verano, durante el período de la siega, y también con la recolección de la oliva en diciembre las partidas veían disminuir de día en día sus efectivos y las autoridades se permitían hacer declaraciones de que la insurrección había sido extinguida⁸⁷. Del mismo modo pudo comprobar la facilidad con la que eran derrotadas las partidas en los enfrentamientos directos con las fuerzas regulares lo que impedía una progresión continua de la insurrección en el Bajo Aragón. Y es entonces donde la geografía del partido de Alcañiz entraba en juego. Por grande que fuera la derrota o la dispersión ocasionada a las partidas siempre era posible hallar refugio en el interior de los Puertos de Beceite. Por separado o en pequeños grupos regresaban a sus puntos de reunión sabiendo que allí nunca serían perseguidos por el ejército lo que facilitaba la reorganización y convertía en muy difícil su extinción mientras existiese un germen de voluntad de resistencia.

⁸⁷ Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, op. cit. p. 229.

Estas circunstancias hicieron posible que, durante el período que Carnicer encabezó la insurrección aragonesa, sus partidas recorrieran en busca de hombres, alimentos y dinero todo el Bajo Aragón extendiendo al mismo tiempo la conciencia de agitación carlista en la zona. Acciones que desembocaron en el éxito como las de Ráfales, Caspe, Beceite, habían permitido que el número de sus hombres ascendiera en ocasiones hasta 1.500; sin embargo no había conseguido dar estabilidad a esta fuerza y derrotas como las de Molina de Aragón y Mayals, y persecuciones obstinadas del ejército como la emprendida por el general Nogueras redujeron drásticamente sus efectivos y hacían dudar que el futuro de la insurrección carlista en el Bajo Aragón fuera más allá de mantener cierta agitación itinerante próxima al bandillaje.

Fue esto contra lo que trató de revelarse Cabrera en una iniciativa participada por igual de conciencia y de ambición. Aprovechando uno de los declives de la actividad insurreccional carlista en el eje del invierno de 1834-1835 salió hacia Navarra para entrevistarse con el pretendiente y reclamar su ayuda para revitalizar la guerra en Aragón⁸⁸. Regresó con una orden para que Car-

⁸⁸ La versión más amplia de la entrevista que mantuvo con el conde de Villemur se encuentra en Buenaventura de Córdoba, *Vida militar y política de Cabrera*, op. cit. pp. 108-112.

nicer se personase en la corte carlista y quedó Cabrera como jefe interino de las fuerzas de Aragón y Valencia. Nunca abandonaría desde entonces el liderazgo de estas tropas. Antes de que Carnicer comenzara el viaje las autoridades liberales ya estaban informadas de que iba a producirse, y poco después conocieron el disfraz de arriero que iba a llevar Carnicer y algunos rasgos físicos que le hacían fácilmente identificable. Con esta información no fue difícil capturarlo en uno de los pasos del Ebro, en el puente de Miranda, donde fue fusilado el 6 de abril de 1835. Existen pruebas documentales de que la denuncia se produjo, aunque de ellas no es posible demostrar que fuera el propio Cabrera —como difundió la historiografía liberal— quien impulsó la denuncia. En cualquier caso la muerte de Carnicer fue un elemento clave en su ascenso hacia el poder. Con ella se cerraba una primera etapa de la insurrección en el Bajo Aragón la que permitió establecer un foco de resistencia al gobierno en el partido de Alcañiz y se abría otro el de su organización y consolidación que iba a llegar de la mano de Ramón Cabrera.

LA ÉPOCA DE CABRERA

La llegada de Cabrera a la cúspide del poder en el núcleo carlista aragonés-valenciano fue definitiva para la suerte que iba a correr la guerra civil en tierras del Bajo Aragón. Cabrera halló las bases del conflicto ya establecidas, y a partir de ahí, las sistematizó y les dio dimensión en un esfuerzo por hacer de las partidas de rebeldes carlistas un ejército organizado y dotarle de una infraestructura administrativa, de una hacienda y de unos órganos de gobierno.

El conflicto toma dimensión (1835-1836)

Algunas circunstancias sociopolíticas favorecieron los avances de la contrarrevolución desde este momento como fue, aunque parezca paradójico, el impulso mismo recibido por la revolución burguesa en España. El protagonismo de la calle, que a través de los motines transmitía la voluntad de cambio de la sociedad; como consecuencia, la formación de juntas que superaban en sus peticiones el marco político del *Estatuto Real*; los cambios de gobierno introduciendo destacados liberales; el desarrollo de antiguas medidas revolucionarias aplazadas como la supresión de los señoríos o la desamortización de los bienes eclesiásticos; o, finalmente, la entrada en vigor de la Constitución de 1812 entretanto se daba forma al que sería el texto de 1837, hicieron de la segunda mitad de la década un período de grandes transformaciones políticas y económicas que a muy



Retrato de Ramón Cabrera.

pocos pudieron dejar indiferentes. Y en el trance de optar por el cambio o por el inmovilismo hubo quienes tomaron partido por la contrarrevolución, y esto fue capaz de capitalizarlo Cabrera.

Desde el mismo año 1835 la pérdida del control efectivo sobre buena parte del Bajo Aragón se hizo evidente hasta para las propias autoridades encargadas de velar por la seguridad de este partido. En una comunicación del capitán general de Aragón al comandante general del Bajo Aragón, Agustín Nogueras, utilizaba estos términos:

El aumento que con toda presunción ha recibido la facción en ese distrito, después de su gran reducción y fusilamiento de Carnicer y la impunidad con que discurre en todas direcciones, penetrando a los últimos confines de la Provincia de Teruel y acercándose a Daroca, desplegando un carácter de ferocidad como se ha visto de corto tiempo a esta parte y de que es amargo testigo el asesinato de seis urbanos de la villa de Valdeltormo, acaecido en los términos de la de Ráfales la tarde del 9 del corriente, añadido a la consternación en que se hallan con motivos de éstas y otras ocurrencias en pueblos que se hallan bajo la inmediata autoridad de VS...⁸⁹

⁸⁹ Oficio del Antonio María Álvarez, capitán general de Aragón, a Agustín Nogueras, comandante general del Bajo Aragón, Zaragoza, 14 de mayo de 1835, A[rchivo] R[cal] A[cademia de la] H[istoria], 9/6828.

(Número 91)

(4 cuartos.)

BOLETIN
DEL EJERCITO REAL DE ARAGON, VALENCIA
Y MURCIA. MIERCOLES 6 DE
DICIEMBRE DE 1837.

NÚMERO 25.

MARTES 18 DE JUNIO.

AÑO DE 1839.



BOLETIN
DE ARAGON, VALENCIA Y MURCIA.

Cabecceras del Boletín de Aragón, Valencia y Murcia, órgano de prensa de los carlistas aragoneses desde 1836.

Esto tuvo como consecuencia la pérdida de confianza de los ayuntamientos en que el gobierno fuera capaz de defenderles. Por eso desarrollaron prácticas duales que permitieran, no tanto ayudar a uno u otro contendiente, como no ser saqueado y represaliado por ninguno de ellos. Sirva de ejemplo que era habitual en la zona del conflicto la existencia de dos ayuntamientos, uno liberal y otro carlista, que oportunamente negociaba con las partidas carlistas y las columnas del ejército liberal las raciones de comida, pienso y vino o aguardiente para evitar el empleo de la violencia y resultados más gravosos para la economía del municipio.

En todos los pueblos, —explicaba un informe liberal— por lo general, hay dos Ayuntamientos, uno constitucional y otro por la facción. El primero se presenta y ejerce sus funciones cuando las tropas de nacionales van a ellos para suministrarle los auxilios posibles. Lo hace el segundo con los facciosos, pero con frecuencia unos y otros se reúnen para salir de sus apuros⁹⁰.

Ayudó a crear la sensación de inseguridad el activo reclutamiento que sobre los quintos hacían las partidas barriendo los pueblos y llevándose a los jóvenes en edad militar antes que lo hiciera el estado liberal. Las deserciones del ejército que se encontraba combatiendo en tierras aragonesas y la escasa eficacia de la milicia nacional en las zonas más afectadas por la guerras —no así en las más seguras donde el ataque rebelde era ocasional— contribuyeron a extender el clima de desconfianza, así como el nuevo ataque a Caspe (23 mayo

1835)⁹¹, o el primero a Alcañiz (23 de noviembre de 1835)⁹².

A pesar de que derrotas como la de Molina de Aragón a finales de 1835 interrumpían temporalmente el ascenso de las acciones carlistas, la desconfianza sobre la capacidad del ejército para acabar con la guerra no dejó de crecer. Desde dentro las dificultades se achacaban a la escasez de fuerzas, a la falta de recursos económicos, a la carencia de suministros y, en general, a las difíciles condiciones en las que se hacía frente a la insurrección. Y esto llevó a un estado de exasperación que se puso de manifiesto en dos ocasiones durante el año 1836. La primera fue el fusilamiento de la madre de Cabrera⁹³, como reacción a la ejecución de los alcaldes de Valdealgorfa y Torrecilla por parte de Cabrera⁹⁴, un acto arbitrario e ilegal que sólo sirvió para desautorizar a sus autores y que añadió nuevos grados de violencia a una guerra que precisamente andaba sobrada de ella.

⁹¹ Oficio de la Columna Móvil Compañías de América y otro precedente de Maella, A.H.M.A., Con. c. 21; *Diario de Zaragoza*, n.º 147, 27 de mayo de 1835; Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. II, p. 68; F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, Colegio de Sordomudos, Madrid, 1845, vol. I, p. 83.

⁹² Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. II, pp. 330-332. Sobre los preparativos *Diario de Zaragoza*, n.º. 329, 25 de noviembre de 1835, y un relato de la defensa en *Diario de Zaragoza*, n.º. 331, 27 de noviembre de 1835. Informe al Ministerio del Interior, A[rchivo] D[iputación] P[rovincial de] Z[aragoza], Vig. XV 1021.

⁹³ Sobre la muerte de la madre de Cabrera ha tratado de forma extensa Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. III, pp. 97-124. También en F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. I., cap. XVI.

⁹⁴ F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. I., p. 106, Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. III, pp. 89-90 y *Diario de Zaragoza*, n.º. 44, 13 de febrero de 1836. Las nuevas represalias de Cabrera, por ejemplo, en la misma obra de F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, op. cit., vol. I., p. 112-113.

⁹⁰ "La sociedad aragonesa durante la primera guerra carlista. Observaciones sobre el Antiguo Partido de Alcañiz, 1837", texto de próxima aparición en la revista *Térnel*, cuyo original se encuentra en el A.R.A.H., Fcndo Pirala, 9/6802.

La segunda ocasión fue en agosto. En cuanto las tropas del Bajo Aragón tuvieron noticia de que la constitución de 1812 había sido proclamada en Zaragoza, también ellos secundaron la propuesta revolucionaria como forma de dar un giro que mejorara la situación. Esto sucedió el 7 de agosto en Castellote, y como su jefe Manuel Soria, no era partidario de esta medida, fue separado de su mando y la proclamación siguió adelante. Tras esto, regresaron a Alcañiz donde fueron recibidos rodeados de "alegría y entusiasmo" y de vivas a la Constitución y a Isabel II reina constitucional⁹⁵.

Hasta el momento de la proclamación de la Constitución en el verano de 1836 pudo apreciarse en las filas carlistas un proceso de organización e institucionalización. Las acciones de recaudación de alimentos y dinero se hicieron frecuentes y sistemáticas y, como había que abastecer a un grupo humano progresivamente mayor, fueron afectando a una amplia zona con eje en Beceite. Comenzaron a preocuparse por la fundición de cañones y se formó la Junta Auxiliar Gubernativa, un órgano asesor de Cabrera en el que delegaba todos los asuntos de provisiones y recursos⁹⁶. Aunque el signo inequívoco de esta consolidación fue la fortificación de Cantavieja y, con ello, la puesta de manifiesto de que, desde ese momento, tenían la voluntad de defender un enclave territorial y de demostrar a sus enemigos que se encontraban con fuerza para hacerlo⁹⁷. Allí se establecieron almacenes de víveres y municiones, una maestraza de artillería y una fundición, un taller para la elaboración de pólvora y balas y otro para la reparación de armas, un hospital y un depósito de prisioneros. Fue tras los muros de Cantavieja donde comenzó a funcionar, con el título *Boletín del Real Ejército del Reyno de Aragón*, el primer periódico carlista de Aragón y Valencia que mantendría con distintos nombres su continuidad hasta el final de la guerra.

A fines de 1836 una doble circunstancia pareció detener el ascenso imparable del poder carlista en el Bajo Aragón. De un lado la salida de Cabrera, Quílez y Miralles, formando parte de la Expedición de Gómez, hacia Andalucía, delegando durante unos meses la suerte de la insurrección en Aragón en algunos de sus



El 20 de octubre de 1836 el general San Miguel reconquista Cantavieja para los liberales.

lugartenientes⁹⁸. De otro, las consecuencias de la política revolucionaria llegadas de la proclamación de la constitución que trajo consigo un impulso de la lucha contra los sublevados carlistas. El efecto más destacado de todo ello fue el asalto y destrucción de los fuertes carlistas en los Puertos de Beceite y la expedición del general San Miguel a Cantavieja que culminó con la toma de la fortaleza rebelde el 30 de octubre de 1836 y la instalación de una guarnición liberal en ella⁹⁹.

1837, el año de la Expedición Real

Cabrera había permanecido cuatro meses fuera de Aragón, y a su regreso en enero de 1837 parecía todo perdido. Sin embargo ningún cambio había afectado a la guerra en lo sustancial y esto quedó muy pronto de manifiesto. No tardó en restablecer el orden entre sus partidarios y concluyó esta labor con la orden general del 19 de abril de 1837 en la que decidía desglosar en cuatro comisiones las funciones que él venía desempe-

⁹⁵ DCZ, n.º. 225, 12 de agosto de 1836.

⁹⁶ El coronel de caballería Enrique Montañés, el graduado de infantería Luis Bavot, vicepresidente, el comandante Juan Bautista Castells y el presbítero don José Castellá, eran sus vocales y Fray Tomás Martínez ejercía de secretario. Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. III, pp. 133-134. El 26 de mayo, en el *Diario de Zaragoza*, n.º. 163, 11 de junio de 1836, se nombra por vez primera esta institución.

⁹⁷ José Segura y Barreda, *Morella y sus aldeas*, op. cit. pp.122-123.

⁹⁸ F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. I., p. 135, también A. Bullón de Mendoza, *La expedición del general Gómez*, Editora Nacional, Madrid, 1984, pp. 93-99.

⁹⁹ F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. I., p. 138-139 y 140-141; Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. III, pp 157-160. comunicaciones intercambiadas entre el general en jefe del Ejército del Centro y el gobernador de Cantavieja, DCZ, n.º. 306, 1 de noviembre de 1836; diario de operaciones de la fuerza sitiadora en DCZ, n.º. 310, 5 de noviembre de 1836.

BOLETIN

EXTRAORDINARIO DEL 26 DE AGOSTO DE 1837.

VIVA EL REY

Esta Real Junta Superior Gubernativa de Aragón, Valencia y Murcia acaba de recibir en este momento la plausible e interesantísima noticia oficial del glorioso y completo triunfo que las armas del Rey N. S. han obtenido sobre los enemigos, y no detiene en instante esta agradable comunicación a todos los pueblos para que glorifiquen al Dios de las Batallas, que es el que concede siempre la victoria.

Prometiéndose la Columna del realicamiento Buena, reforzada con la titulada de la Ribera, sorprender al Cuartel Real y a la 3.ª División que estaba en el Villar de los Navarros, se dirigió en la mañana del 24 al mismo pueblo habiendo salido ayer de Belchite. Mas advertido su movimiento, pronto la salieron al encuentro la 1.ª y 3.ª División con parte de la 2.ª y el grueso de la cavallería con nuestras valientes tropas. La acción se travó á las cuatro y media de la tarde. El enemigo cargó repetidas veces, y se sostuvo con obstinación; pero al cabo de dos horas triunfó decididamente la lealtad y el valor, poniéndose aquel en precipitada fuga con dirección á Zaragoza. A las 9 de la noche continuaba todavía la persecución, y según los partes recibidos eran ya mas de 2000 los prisioneros entre ellos muchos Gofes y Oficiales. El Campo ha quedado cubierto de cadáveres y de fusiles que pasan de 3000. Se han recogido tambien bastantes cavallas y otros piezas de artillería. Hasta la mañana no será posible detallar toda la pérdida que ha sufrido el enemigo. Incredibly parecería esta ocurrencia atendido el limitado número de nuestras fuerzas que entraron en la acción por hallarse separadas, á fin de obrar oportunamente, y á la poquísima pérdida sufrida para la obtención de tan singular victoria á la que ni aun han podido concurrir todos los individuos del cuerpo de ejército expedicionario; pero la causa de Dios y de el Rey siempre triunfa.

Un momento despues de recibido el parte oficial, por cartas fidedignas acaba de saberse que ya pasaban de 3000 los prisioneros, que los caballos cogidos ascendian ya á 200, los piezas de artillería, un sin número de fusiles é incomparablemente mayor de municiones, y que lo restante del ejército enemigo que pasaba de 8000 hombres iba en la mas completa dispersion por las montañas gritando por todas partes VIVA CARLOS V., continuando sin cesar de recogerse prisioneros y dispersos por las triunfantes tropas del mejor de los Reyes.

Cantavieja 26 de Agosto de 1837 á las 9 de la mañana.

Felix Olispo de Orihuela
Presidente.

Francisco Sanz
Vocal Secio.

Boletín extraordinario carlista con motivo de la victoria del pretendiente en Villar de los Navarros durante la Expedición Real.

ñando hasta ese momento: la sección de Estado mayor del Ejército Real, que el mismo presidiría, la comisión eclesiástica, la comisión Militar Ejecutiva y Permanente y la comisión de Hacienda. En la noche del 24 al 25 de abril, Cabañero volvió a conquistar Cantavieja¹⁰⁰.

A partir de este momento las acciones de aprovisionamiento se fueron desarrollando en lugares alejados del área de control, situada en el Bajo Aragón-Maestrazgo, como fórmula para no dejar exhausta económicamente el área donde se habían establecido territorialmente¹⁰¹. De este modo no es difícil comprender su intensa actividad en los partidos de Daroca, Belchite, Tarazona o Calatayud, en Aragón y también en las provincias de Castellón, Valencia y Tarragona. Esta activi-

¹⁰⁰ *El Correo*, artículo copiado en el *DCZ*, n.º. 126, 6 de mayo de 1837.

¹⁰¹ Pedro Rújula, "Los efectos de la primera guerra carlista en las economías municipales: el caso de los municipios aragoneses en el área de control carlista", trabajo inédito presentado en el Seminario de Historia Económica, Universidad de Zaragoza, 1995.

dad en una superficie tan amplia causó la desmoralización de muchas autoridades. Desde el partido de Daroca se comunicaba al capitán general de Aragón: "...por espacio de quince días lo han recorrido impunemente ha decaído algún tanto el espíritu público, creyendo los ilusos que ya no había Tropas para perseguirlos, con cuyo motivos se han reunido bastantes de diferentes pueblos: sin embargo si los sucesos del alto Aragón tienen el buen desenlace que se espera, volverá pronto a reanimarse el espíritu público¹⁰².

Esta actividad se mantuvo mientras la Expedición Real se internaba el 20 de marzo 1837 por el norte de Aragón entrado en Huesca y Barbastro y adentrándose en Cataluña, acumulando suministros en espera de la llegada del importante contingente. La Expedición la constituían 18 batallones y 600 caballos¹⁰³ que saliendo desde Estella y recorriendo las zonas donde mayor implantación había demostrado el carlismo —Cataluña, Valencia y Aragón— debía concluir en Madrid con la toma de la capital y la proclamación de don Carlos como rey¹⁰⁴. La llegada a Cantavieja a finales de julio sirvió a las tropas del pretendiente para su reorganización tras un recorrido más penoso de lo que en un principio habían pensado¹⁰⁵. Después salieron hacia Castilla reforzados por la victoria sobre las tropas liberales el 25 de agosto en Herrera de los Navarros, donde murió uno de los principales jefes carlistas del bajo Aragón, Joaquín Quílez. La Expedición Real terminó en un fracaso a las puertas de Madrid porque ni las bazas militares ni las políticas obtuvieron el resultado de provocar un cambio de los apoyos y obtener el poder para don Carlos. La indecisión duró el tiempo suficiente para que las tropas liberales cayeran sobre las expedicionarias y forzaran una desordenada retirada hacia sus cuarteles.

El gran momento de la insurrección carlista (1838-1839)

Como era habitual, Cabrera sacó partido incluso de la derrota. Aprendió del paso de la Expedición Real que ninguna ayuda podía esperar de los ejércitos carlistas del Norte y también que no existía una diferencia sustancial entre sus fuerzas y las que rodeaban al infante. En suma, que el núcleo carlista aragonés sólo iba a

¹⁰² Parte semanal de seguridad pública, Daroca, 4 de junio de 1837, A.D.P.Z., Vig. XV 1032.

¹⁰³ A.D.P.Z. Vig. XV 1032.

¹⁰⁴ Sobre los objetivos amplios de la Expedición Real, Julio Aróstegui, "El carlismo y la Guerra Civil", en *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1868)*, H³ de España dirigida por Menéndez Pidal Vol. XXXIV, Espasa Calpe, 1981, pp. 118-120.

¹⁰⁵ *DCZ*, n.º. 207, 26 de julio de 1837.

contar en adelante con sus propios recursos. En este sentido orientó la actividad hacia la consolidación del poder territorial, al cobro sistemático de las “contribuciones” y al reclutamiento en sus filas de “todos los solteros y viudos sin hijos que hubiese de diez y seis a cuarenta años en cada pueblo”¹⁰⁶. Se abría un período contradictorio. El fracaso de la Expedición Real abría el principio del fin de la vía carlista hacia el trono; muy pronto en el Norte se dejarían notar las discrepancias internas y el agotamiento económico del territorio ocupado por los soldados de Don Carlos y desembocaría en el Pacto de Vergara en el verano de 1839. Pese a todo el carlismo en el Levante tenía todavía por delante sus días más gloriosos. La contradicción está en que no existía la más mínima posibilidad de supervivencia del foco del Maestrazgo cuando este fuera el único de la península. Existiría mientras los recursos del Estado se hallasen destinados a muy distintos frentes y siempre que otros objetivos recibieran la atención prioritaria. De ahí que durante dos años las condiciones de desarrollo del carlismo en el Bajo Aragón fueran crecientes.

El 25 de enero de 1838 fue tomada Morella¹⁰⁷ que se convirtió, junto con Cantavieja y los Puertos de Beceite en el tercer punto clave en la organización carlista del Maestrazgo y todo un símbolo de control territorial de los insurrectos. Cabañero comenzaba a destacar como uno de los jefes carlistas más activos y en la noche del 4 al 5 de marzo lanzó un inesperado ataque sobre Zaragoza¹⁰⁸. Los asaltantes fueron rechazados y expulsados por la decisión de los nacionales lo que se contempló como un triunfo del liberalismo en un momento en el que estos eran bastante escasos en Aragón. Para aprovechar la circunstancia Oraa pensó en una acción que sirviera para demostrar definitivamente la superioridad del ejército nacional: la reconquista de Morella. El fracaso rotundo de esta operación acabó con el rearme moral que habían supuesto los acontecimientos del 5 de marzo y abrió paso al período de mayor dominio carlista en el Bajo Aragón.

En abril los fuertes de Calanda y Alcorisa son rendidos, en mayo, el de Samper de Calanda¹⁰⁹ y asaltadas las

¹⁰⁶ Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. IV, p. 406.

¹⁰⁷ *Boletín del Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia*, 31 de enero y 3 y 7 de febrero de 1838. Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, pp. 36-44.

¹⁰⁸ Parte diario de seguridad pública, A.D.P.Z. Vig. Xv 1040; Parte de Guerra dado al Secretario de Estado, DCZ, n.ºs. 69 y 93, 11 de marzo y 4 de abril de 1838; Dembowski; F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. II., pp. 39-41 y Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, pp. 52-54.

¹⁰⁹ Parte diario de seguridad pública, A.D.P.Z. Vig XV 1042.



Escudo de la Junta Superior Gubernativa de Aragón, Valencia y Murcia.

poblaciones de Alcañiz¹¹⁰ y Caspe¹¹¹. En junio Aliaga estaba siendo fortificada por Marconell¹¹². En octubre este cabecilla llega a las puertas de Teruel¹¹³, se produce la derrota del general Pardiñas en Maella¹¹⁴ y Caspe es otra vez atacada durante 4 días consecutivos¹¹⁵ y recibe un nuevo ataque al mes siguiente¹¹⁶. El estado de guerra es declarado el 1 de noviembre en la provincia de Teruel por el nuevo capital general de Aragón Van Halen¹¹⁷ el mismo mes en que las fuerzas carlistas se

¹¹⁰ Después de relatar el asalto fallido a comienzos de mayo de 1838, F. Cabello, D. Santa Cruz y R. Temprado concluyen: “Alcañiz dio el primer cabecilla de las facciones, y dio algunos facciosos durante la guerra; pero dio también una Milicia valiente y entusiasta; y el vecindario sufrió con una resignación admirable todas las privaciones y calamidades, porque se hicieron pasar un bloqueo de dos años y todas las atrocidades de Bosque y de Cabrera”. *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, vol. II., pp. 51-53; Parte diario de seguridad pública, Vig XV 1040; DCZ, n.ºs. 128, 131 y 137 de 9, 12 y 18 de mayo de 1838, y Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, p. 60.

¹¹¹ DCZ, n.º. 126, 7 de mayo de 1838.

¹¹² Oficio del jefe político de Teruel, A.D.P.Z. Vig XV 1042.

¹¹³ Oficio del jefe político de Teruel, 31 de octubre de 1838, A.D.P.Z. Vig XV 1042.

¹¹⁴ Alcaldía de Caspe, 1 y 7 de septiembre de 1838, A.D.P.Z. vig XV 1041; oficio del general San Miguel, 4 de octubre de 1838, A.D.P.Z. vig XV 1039; DCZ, n.ºs. 296 y 339, 25 de octubre y 6 de diciembre de 1838; F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. II., p. 72 y Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, pp. 98.

¹¹⁵ Parte diario de seguridad pública, 15 de octubre de 1838, A.D.P.Z. Vig XV 1040; Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, p. 111.

¹¹⁶ DCZ, n.º. 316, 13 de noviembre de 1838; Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, p. 119.

¹¹⁷ Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, pp. 117-118.



El cuartel general de las tropas liberales en 1839 fue establecido por Espartero en Mas de las Matas. (Foto GEMA).

pasean a las puertas de la capital de la provincia¹¹⁸ que será bloqueada al mes siguiente¹¹⁹.

Al año siguiente, 1839, mientras los liberales fracasan en su intento de asaltar Segura¹²⁰, la fortificación carlista más próxima a Zaragoza, Cabrera pone sitio y consigue el abandono de Montalbán¹²¹. A comienzos del verano las poblaciones bajoaragonesas que no han sido tomadas se encuentran sometidas a un férreo bloqueo. Es el caso de Alcañiz¹²², Caspe¹²³, Albalate¹²⁴ o Mequinenza¹²⁵. De ahí que Melchor Castaños afirmara “apenas se sale de Segorbe para Teruel se encuentra el país sometido enteramente al enemigo con algunos hombres que lo pasean sin obstáculo y dominan hasta los muros de dicha capital. El mismo cuadro se presen-

¹¹⁸ Oficio del jefe político de Teruel, 22 de noviembre de 1838, A.D.P.Z. vig XV 1040.

¹¹⁹ Oficio del jefe político de Teruel, 2 de diciembre de 1838, A.D.P.Z. Vig XV 1042.

¹²⁰ F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. II., p. 107 y Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, p. 304-306. *Boletín de Aragón, Valencia y Murcia*, n.ºs. 6 y 8 de 2 y 7 de mayo de 1839.

¹²¹ Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. V, pp. 310-311; y F. Cabello, D. Santa Cruz y R. M. Temprado, *Historia de la Guerra última en Aragón y Valencia*, op. cit., vol. II., p. 110.

¹²² Sesión del 30 de julio de 1839, A.H.M.A., Libro de Actas Municipales.

¹²³ Parte diario de seguridad pública, 18 de junio de 1839, A.D.P.Z. Vig XV 1046.

¹²⁴ Parte diario de seguridad pública, 26 de junio de 1839, A.D.P.Z. Vig XV 1046; DCZ, n.ºs. 178 y 180, 27 y 29 de junio de 1839.

¹²⁵ 150 infantes de Llagostera “robaron cuantas caballerías y granos encontraron en las eras y se los llevaron a Fabara. Así es que la mayor parte de la cosecha de estos términos a la derecha del Ebro irá indu-

ta desde Teruel a Daroca y desde allí a Caspe y Alcañiz¹²⁶. Los carlistas contaban con una red de puntos fortificados que les permitían contar con apoyos en una amplia zona de la provincia de Teruel. En un informe del Ministerio de Asuntos Exteriores francés titulado *Renseignements donnés par Mr. de Clenchamp sur les points fortifiés, occupés par l'armée carliste aux ordres de Cabrera*, se describen así algunas de estas fortificaciones:

Morella, donde se fabrica todo aquello que es necesario para el equipamiento de la caballería. Hay un gran taller para la reparación de las armas, almacenes considerables de víveres [...] El armamento de Morella consta de 16 piezas de cañón, 4 morteros, 2 obuses, 26 o 28 piezas de diferentes calibres. La ermita que los cristinos ocuparon durante el sitio ha sido fortificada y armada de 8 bocas de fuego.

Cantavieja es el arsenal principal. Hay una fundición de cañones, una fábrica de armas, un taller de reparación de armas, una fábrica de pólvora que produce al día 110 o 120 libras, dirigida por un salitrero francés. A 400 pasos de Cantavieja, hay dos fuertes llamados San Blas y La Joyosa. El primero armado de 8 piezas de cañón y de dos morteros, el segundo de 4 cañones tan sólo. En Cantavieja y en el Horcajo es donde están situados los principales depósitos de animales.

Aliaga. Hay almacenes de granos y un fuerte sin artillería.

Segura. Castillo fortificado armado de 8 piezas de cañón, 2 morteros, y un obús. La población ha sido incendiada.

Cañete. Tiene por gobernador a D. Domingo Forcadell, mariscal de campo. Esta villa, distante de Madrid 26 leguas, domina toda la Alcarria. [...]

Villarluengo. No está fortificada. Se ha establecido una fábrica de fusiles, que produce 5 al día.

Tales. En el Reino de Valencia, tiene tres fuertes. La ocupación sólo es útil a los carlistas para cortar las aguas a Onda.

Liosa. El mariscal de campo Llagostera fortificó este punto.

Chelva. [...] Pequeña villa en los confines de los reinos de Valencia y Aragón. Su castillo está armado de 6 piezas de cañón y de 2 morteros¹²⁷.

Sin ser completa, esta relación pone de manifiesto el poder territorial alcanzado por los carlistas en el Levante y también el interés que esto despertaba más allá de nuestras fronteras ya que ministerios como el francés tenían informadores que les pasaban cumplida y pun-

dablemente a llenar los almacenes de Morella y Cantavieja y los infelices labradores de este leal vecindario quedarán sumidos en la mayor miseria y consternación”. Ayuntamiento de Mequinenza 3 de julio de 1839, A.D.P.Z. Vig XV 1048. También, *Boletín de Aragón, Valencia y Murcia*, n.º. 42, 30 de julio de 1839.

¹²⁶ *Ibidem*.

¹²⁷ A.M.A.E. Correspondance Politique. Espagne, 1839 794. Le general Harispe, et autres, 2 de agosto de 1839. fol 137.

tual noticia de todo lo que estaba sucediendo en tierras del Bajo Aragón y del Macstrazgo.

Pero todo este poder, alcanzado merced al difícil equilibrio entre la oportunidad y la existencia de otros focos de interés prioritarios para el gobierno, empezó a resquebrajarse en el mismo momento que comenzó a vislumbrarse una solución pactada a la guerra en el norte. La confirmación del convenio, la Paz de Vergara¹²⁸, firmado entre Maroto y Espartero fue el inicio del final de la guerra.

El fin del conflicto (1840)

A pesar de que Cabrera se negó a suscribir el convenio y persiguió a quienes extendieran noticias sobre su existencia, —“No, jamás, nunca transigir” proclamaba¹²⁹— no pudo detener sus consecuencias. Liberados de su ocupación en el Norte, buena parte de los hombres que luchaban en el ejército liberal fueron desplazados sobre el Bajo Aragón. 40.000 infantes y 3.000 caballos llegaron en octubre de 1839 a las órdenes del general Espartero que estableció su cuartel general en Mas de las Matas, mientras O'Donnell lo hizo en Teruel. El duque de la Victoria comenzó por establecer una línea de defensa que delimitaba claramente una zona de control carlista y otra a la que aspiraba el ejército liberal. Alcañiz, Castelserás, Calanda, Foz Calanda, Alcorisa, Los Olmos, La Mata, Gargallo, Estercuel, Cañizar y Cabra eran los puntos de esta línea¹³⁰. El fuerte de Segura quedó a la retaguardia y aislado por el bloqueo del territorio carlista que se estableció desde el primer momento.

Desde este momento fue evidente que el final de la guerra estaba próximo. Sin embargo las operaciones se hicieron de manera pausada para que tuviera tiempo de restablecerse el clima de confianza en las tropas del gobierno. A esto contribuyó la actitud del jefe carlista Juan Cabañero, natural de Urrea de Gaén que, aceptando los términos del convenio, realizó los compases finales de la guerra del lado de los liberales llamando a la paz a sus antiguos compañeros aragoneses abandonando a un jefe que protegía “a sus mercenarios catalanes” y considerando “que el peso de la guerra gravita



Grabado de Cantavieja.

todo sobre esta miserable provincia”¹³¹. Pese a la desproporción de las fuerzas la rendición no se produjo y hacia la primavera comenzaron las operaciones sobre las fortalezas carlistas. Segura se rindió el 27 de febrero después de una larga resistencia bajo el fuego de la artillería¹³². Un mes después, el 26 de marzo, fue rendido el fuerte de Castellote ofreciendo una defensa que la prensa calificó de “indigna de la infame causa que defienden”¹³³. Con Castellote cayeron buena parte de las posibilidades de resistencia de los insurrectos y esto se tradujo en una resistencia menor de los siguientes puntos fortificados. Aliaga cayó el 15 de abril, cuatro días después de establecido el sitio. Pocos días después se produjo la toma de Beccite, la entrada de Zurbano en Mora de Ebro y la rendición del fuerte de Alcalá de la Selva. Con la toma de Cantavieja sin resistencia el 11 de mayo¹³⁴ se da por concluida la guerra civil carlista en el corregimiento de Alcañiz. Sólo 15 días más serán necesarios para concluir con el conflicto en la zona. El 30 de mayo se rindió la fortaleza de Morella a las tropas de Espartero quien finalmente pudo manifestar en una alocución a sus hombres que la guerra en la Tierra Baja había concluido:

Habéis concluido la guerra de Aragón —proclamaba el Duque de la Victoria— y asegurado el término de la de

¹²⁸ Sobre la paz de Vergara véase el volumen colectivo coordinado por Joseba Agirreazkucnaga y José Ramón Urquijo *150 años del Convenio de Bergara y de la Ley del 25-10-1938*, Parlamento Vasco, Vitoria, 1990.

¹²⁹ Artículo bajo el epígrafe “La Redacción” titulado “Al Eco del Comercio, periódico de Madrid. Algo Mas sobre los transaccionistas”, *Boletín de Aragón, Valencia y Murcia*, n.º. 30, 29 de junio de 1839.

¹³⁰ DCZ, n.º 297, 24 de octubre de 1839.

¹³¹ Proclama *A los Aragoneses que se encuentran con las armas en la mano bajo el dominio de Cabrera*. DCZ, n.º. 298, 25 de octubre de 1839.

¹³² Zaragoza, 26 de marzo de 1840, parte semanal de seguridad pública, A.D.P.Z. Vig. XV 1053; DCZ, n.º. 69, 9 de marzo de 1949.

¹³³ Alcorisa, 28 de marzo de 1840. Suplemento del *Eco de Aragón*, reproducido en el DCZ, n.º. 90, 30 de marzo de 1840. También orden general de Espartero, Castellote, 28 de marzo de 1840, DCZ, n.º. 90, 30 de marzo de 1840.

¹³⁴ Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. VI, p. 33.

Valencia. Morella y su formidable castillo, baluartes en que la facción ha devastado estas provincias cifraba todas sus esperanzas, acaban de sucumbir...¹³⁵.

Mientras tanto, el general Cabrera, el Conde de la Morella carlista, enfermo y derrotado se esforzaba con un puñado de fieles por alcanzar la seguridad de la frontera francesa.

CONCLUSIÓN

Durante la primera mitad del siglo XIX, el Bajo Aragón experimentó un proceso de cambio que no fue exclusivo sino común a buena parte de Europa. Fueron las características concretas de esta zona las que determinaron unas reacciones de mayor intensidad que en otros lugares frente al mismo proceso. La hondura de la crisis económica, agudizada por las circunstancias que rodearon el desarrollo del régimen liberal, ocasionaron una importante masa de campesinos descontentos que identificaron sus estrecheces con el cambio de régimen. Paralelamente un nutrido grupo de individuos ligados al poder en el Antiguo Régimen fueron desplazados de sus puestos y desposeídos de sus privilegios. La articulación de estos privilegiados agraviados como élite organizativa y los campesinos descontentos

como base social permitió el surgimiento del movimiento insurreccional realista durante el trienio y el carlista durante la guerra de los Siete Años. El hecho de que en este último conflicto aparezcan algunos nuevos elementos —la presencia de D. Carlos, el papel de los voluntarios realistas o la incorporación de la alta nobleza del lado del liberalismo— no puede ocultar que la naturaleza del enfrentamiento fue la misma: la pugna entre las fuerzas que impulsaban los cambios en persecución de la revolución liberal burguesa y la resistencia de las fuerzas contrarrevolucionarias cuyo objetivo estaba en restablecer el statu quo del Antiguo Régimen. Entre ambos se encontraba un campesinado descontento que sin ser partidario de la reacción halló en la contrarrevolución una fórmula de manifestar su descontento y un modo de paliar las dificultades económicas mediante una vida próxima al banditaje. El liberalismo había ignorado los problemas del campesinado impulsando un proyecto radicalmente burgués y entregándole así en manos del carlismo. La clave de todo estaba en que sin la base social que proporcionó el campesinado nunca hubiera existido guerra civil, ni tampoco la contrarrevolución hubiera tenido la más mínima posibilidad de jugar la vía insurreccional como fórmula para asaltar el poder.



¹³⁵ Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil...*, op. cit. vol. VI, p. 40.